

R

Gaspar Octavio Hernández

ICONOGRAFIA

1916

Imprenta "Esto y Aquello"
Casa Editora

PANAMA - R. P.

PROLOGO

Este libro inconexo, escrito a veces con tinta, a veces con sangre, une a todos los defectos imaginables un mérito: el de la buena intención que le anima.

Creo sinceramente que nuestros pueblos han menester, a más de carreteras, ferrocarriles, escuelas industriales y otros eficaces factores del desenvolvimiento económico, algunos no menos eficientes factores del desarrollo intelectual y ético: libros, muchos libros. Libros que, si no son didácticos, engendren, al menos, afición a la lectura en nuestras gentes, bastante habituadas a distraer ocios en poco provechosas tareas.

Propensa a la servidumbre vive siempre la nación que no lee. La esclavitud de los antiguos pueblos lo evidencia.

Ya aquel donoso príncipe de la Sátira, que se llamó Mariano José de Larra, rasguñò con el finí-

simo puñal de su ironía la epidermis de los pueblos refractarios a aprovecharse de letras.

Preguntaron a Demóstenes: — ¿Cuál es la primera condición que se requiere para ser buen orador?—*La acción*—respondió el máximo heleno—¿Y la segunda?—*La acción*—¿Y la tercera?—*La acción*, continuó el ateniense.

Hoy preguntan algunos hombres:—¿Qué es lo primero que necesitan los pueblos para ser grupos civilizados?—*Leer*, responden otros—¿Y lo segundo?—*Leer*....¿Y lo tercero?....—*Leer*. No continuemos callados e inmóviles ante el desfile de la caravana. Marchemos y hablemos.

Hablemos por medio de nuestros libros, sobre todo por medio de nuestros libros *nacionales*. Si los más doctos callan, hablo yo, que soy el más entusiasta y, quizá el más sincero.

Háme guiado, en parte, a cohesionar en un sólo cuerpo estos artículos antes dispersos, el ingenuo y patriótico afán de hacer resaltar en cuanto me fuere posible, libre de bajas pasiones, algunas de nuestras figuras literarias, cuyos contornos debieran estar ya bien esbozados en la imaginación de nuestros compatriotas, y las cuales son en nuestro país conocidas por aspectos muy distintos de aquellos que más las caracterizan.

Por desgracia para uno de los principales objetivos de la obra, cual era el que acabo de expresar, no me fué posible adicionar datos acerca de algunos buenos sacerdotes del Arte en el Istmo, debido, más que a todo, a la incuria con que —hasta hace poco—. hemos acostumbrado ver seres y cosas.

De otro lado, ha influido en la escritura de estas ligeras notas—rápidas como mi manera de vivir—, mi ansia de comunicar a otros hombres la emoción que en diferentes épocas engendraron en mi las vibraciones del mundo ambiente. Realizar esta aspiración, será siempre uno de mis más íntimos placeres.

Malas pinceladas, contornos mal diseñados, demasía de sombra o demasía de luz, veréis en los lienzos de esta paupérrima iconografía; mas veréis también, que esos defectos de técnica, esas violentas incorrecciones pictóricas, hijos son de la vehemencia con que obró la mano, febril de loco entusiasmo o de intensa amargura.

En medios como el nuestro—, donde los que—llevados de persistente necesidad interior—se dedican a la cultura de la belleza, teniendo a la vez, que consumir grandes caudales de energía en labores de suyo antiliterarias, para no morir de

hambre; en medios como el nuestro,—donde el público—sobre todo el público que a sí mismo se llama letrado—deja morir de inanición diarios y revistas en el sórdido y frío muladar de la general indiferencia; en medios como este, digo, no se puede laborar con detenimiento, en el bosquejo de un cuadro; en la reproducción de un retrato; en el pulimento de un mármol.

Además, los que aquí trabajan por un ideal noble,—cualquiera que sea la índole de ese ideal, son blanco de burlas y de insultos a la sordina, de parte de entes diabólicamente envidiosos, perversos en su despecho y envanecidos en su torpeza que, tratan de ridiculizar la obra de los demás, y proceden siempre como el perro del hortelano.

Pero a despecho de los inconvenientes apuntados, me atrevo a ofrecer mi modesta iconografía, confiado en que a sus muchos defectos unen sus cuadros dos méritos: el de ser trazados con tinta y sangre, y el de la buena intención que me guió al esbozarlos.

GASPAR OCTAVIO HERNANDEZ.

Panamá, Marzo de 1916.

CROMOS DE VIDA



ALREDEDOR DE LA EMANCIPACIÓN

—

(PALABRAS PARA UN DISCURSO)

Con el más puro y justificado regocijo comienzo a hablar de nuestra emancipación, no porque juzgue mis palabras las más dignas de resonar en fecha tan augusta como esta en que todos los corazones laten de patriótico gozo, sino porque el referirme a este noble tema, hábilmente desarrollado ya por eminentes personalidades de nuestro mundo intelectual, constituye para mí la ocasión más oportuna quizá, de traducir al lenguaje ordinario ese conjunto de emociones complicadísimas que inquieta las interioridades de nuestro sér; que enardece con fuego sagrado la sangre de

nuestras venas; que pone cantos heroicos en los labios y violencias en el corazón; que a los cobardes transforma en valientes y a los valientes en héroes; ese conjunto de complicadísimas emociones que intensifica el sentimiento de la dignidad en el pecho de cada hombre consciente; que es génesis del más desmedido amor a la gloria; que puso ardores de coraje en el alma de Esparta ante el empuje avasallador de las hordas heterogéneas de Jerjes; que hizo al hijo de Amilcar jurar ser enemigo irreconciliable de Roma y atravesar los Pirineos y los Alpes desafiando la fría inclemencia de los glaciares y la intolerancia bélica de las tribus montañosas, al frente de sesenta mil mercenarios dispuestos a tornar polvo la capital del más poderoso imperio del mundo antiguo.

Dificultad extrema es, ciertamente, la que vencer me toca; pero cómo desoir la voz de la Patria sin convertirse en reo de ingratitud y de perfidia? Cómo desoir la voz de madre tan amorosa que, en el fausto día de su natalicio—ceñidas las sienes de florido laurel, portando en la diestra el pendón tricolor de las dos estrellas—nos manda cantar el poema sublime de sus triunfos y desgracias, de sus luchas sin número; de sus magnos esfuerzos por colocarse en preeminente cumbre?

No en todo pecho babea la ingratitud; ello es lo que me obliga a escribir estas líneas; tenien-

do en cuenta que la vehemencia de mi patriotismo y la bien encaminada intención que me guía compensarán, en parte, la falta de ideas brillantes y de inspiración robusta que el lector advertirá en estos renglones.

Al recordar que desde prehistóricos días el hombre manifestó tendencias de someter a vasallaje al hombre; al recordar que en los periodos aurales de la historia las tribus mejor organizadas y más fuertes—ahitas de codicia y ávidas de rapiña—dispusieron, a su arbitrio, de las tribus peor dotadas por la naturaleza y por las circunstancias; al recordar que, mientras un pueblo emprendedor, como el fenicio, atraviesa mares y montañas y funda ciudades pacíficamente llevado de su instinto esencialmente especulador, un pueblo guerrero, como el de Roma, le prepara en la sombra el ataque: le arrasa los más ricos emporios comerciales y, al son de béticas trompetas le llama a campal batalla, instigado por su espíritu de conquista y por sus impetus de dominador díscolo; al recordar que esas tendencias de dominio latén aún en el fondo de la conciencia humana—y seguirán latiendo—porque ellas no son más que corolarios de ciertos atributos comunes a todos los hijos de Eva, nieblas de pesimismo empañan las claridades de nuestras almas y, bien que por un momento, creemos en la imposibilidad de la verdadera fraternidad humana.

Y quién lo creyera! Esos mismos pueblos so-

bre cuyas espaldas chasqueó algún día el látigo del despotismo, son los que luchan con más vigor y más perseverancia por la causa de la libertad; atraviesan los hoscoscos desiertos de la esclavitud y de la desesperación, en caravanas resueltas, fija la mirada en el ideal de su redención lejana, ensangrentados, sudorosos, dejando en el camino cadáveres de hermanos, provocando inconscientemente el hambre y la cólera de las fieras, hasta llegar al oasis de su felicidad y de su independencia.

Diríase que han menester les espolee la Desventura, para combatir con entusiasmo en todos los campos y en todas las épocas, por esa fuerza moral que, desde el punto de vista político, es la vitalidad misma de una bien organizada asociación de hombres: la soberanía.

Diríase que las lágrimas que vierten y beben al transitar por la via-crucis de su infortunio, concretarían masas de odio y de rebeldía en lo más recóndito de sus doloridos corazones—tal como el agua que filtra a través de calcáreos terrenos forma esas bellísimas estalactitas que ornan maravillosamente las más ocultas cavernas.

No hay redención sin martirio. No se obtienen preciados dones fácilmente. Para ser libre se necesita, en primer lugar, querer serlo; en segundo lugar, deber serlo y, en tercer lugar, no dejar de querer serlo.

Panamá quiso ser libre porque debía ser libre. Y si no tiñó con sangre el acero al luchar por su autonomía, fue porque en los instantes supremos de sus anhelos libertarios no había contra quien blandirlo; porque tuvo la rara habilidad de vivir en paz en medio de intensas revoluciones.

Rompimos la cadena española porque éramos españoles, porque heredamos de España ese orgullo invencible; ese heroísmo caballeresco; esa noble altivez que odia cadenas y grillos, así estén forjados del más compacto y reluciente oro. Rompimos la cadena española porque España nos dió, con su sangre, con su idioma, con su religión, con sus costumbres, la fuerza prepotente que se necesitaba para hacer trizas tantos y tan bien enlazados eslabones.

De árboles vigorosos, vigorosos y sanos frutos. De padres dignos y valerosos, muchachos hidalgos y valientes. Para no desmentir el origen, nadie debe sustraerse a la influencia de sus peculiaridades ancestrales; ellas, cuando buenas, son como un vino embriagante con que Dios nos embriaga para entusiasmarnos en pro de toda labor hermosa; cuando malas, están inoculadas en el organismo como tóxico mortal que envenena hasta las más sanas visceras; de un modo u otro, están adheridas a nuestra sangre y forman parte integrante de nuestro sér.

Rompimos la cadena española porque hereda-

mos de España el deseo de ser libres y la altivez de poder serlo.

Y, porque éramos libres amábamos la gloria. Porque sólo quien es libre corporal y espiritualmente, puede amar la gloria. Los grandes amores solo nacen en las almas grandes, así como los árboles más gigantescos arraigan sólo en la inmensidad de los grandes bosques.

El ruin que no sabe agitar las alas de su espíritu; el ruin que no ama el vuelo; el ruin que desprecia el brillante azul de arriba por los sórdidos tremedales del valle; el ruin que maldice de ser hombre y suspira por ser cocodrilo; ese, no puede amar la gloria porque no puede ser libre. Porque no a todos seduce el brillo de un lucero, el perfume de un lirio, la canción de una hermosa.

Y porque amábamos la gloria, amamos a Colombia; a Colombia la homérica; la que prendió en el cielo de Atlántida la más radiante de las constelaciones; la que—amazona en veloz corcel de guerra, envuelta en manto de color de iris—paseó por los campos de la historia suramericana su enérgica hermosura de guerrera invicta; la que en Boyacá, Junín y Ayacucho desmelenó la cabeza gentil del león hespérico y asombró a los hombres con lo sangriento de sus batallas y con lo hermoso de sus victorias, intrépida y altiva cual mujer israelita.

Y la patria fue hacia Colombia, tal como pequeña hermana acude a la primogénita de la familia en busca de calor y amparo. Llegó al hogar de la hermana. Vivió en él tiempos. Y sentada a la mesa, vió malas caras. Oyó ásperos gritos de injuria. Vió crispase puños enemigos en su contra, allí donde creyó vivir en buena y santa paz como quien vive en seno de patriarcal familia. Y en vez de pan, le dieron maíz viejo; en vez de vino, vinagre. Quien tolera injurias, merece que se le injurie. El que no protesta cuando le hieren, o es muy estoico o es muy bajo. Y como el istmo no podía vivir en la ignominia, porque de España aprendió a ser altivo, abandonó la casa de la hermana; volvió a su propia casa, risueño aunque fatigado. Allí está. Males sin número le afligen. Son males que no hacen mal. Porque para que la piedra luzca en todo su esplendor, ha menester la paciente labor del paciente lapidario.

Con todo, la emancipación es incompleta, si advertimos que todavía nos falta—digámoslo con dolor—esa necesarísima educación del carácter, que tan eficazmente han sabido utilizar los pueblos anglos y algunos de nuestro continente hispanoamericano.

No debe ser un pueblo mera agrupación de calibanes obsesionados únicamente por la idea de lucrar ordeñando vacas y especulando en todos los órdenes de la vida de los negocios.

Hay que abrir el alma a todos los vientos. En la vida política, como en la social y en la intelectual, se debe de ser ecléctico; aprovechar lo bueno de todo; no circunscribirse a tal o cual orden de la actividad, porque el circunscribirse a tal o cual orden de la actividad equivale a desconocer la complejidad de la organización humana. Cerebro y alma. Pensamiento y brazo.

Desarrollando con interés nuestras facultades psíquicas; practicando una ética sana; esforzándonos por mantener la integridad de todas las instituciones que constituyen nuestra personalidad como nación, jamás podremos olvidar el concepto de patria; nos sentiremos siempre con vigor para defender los intereses del terruño amenazados. Haremos del patriotismo una religión. Con orgullo clavaremos el pendón de las dos estrellas en la más alta montaña.

Mas si despreciamos el cultivo del espíritu; si al escudo de Minerva preferimos el caduceo de Mercurio; día llegará en que nuestras instituciones nacionales desaparecerán—naufragos infelices—en el revuelto mar de intereses económicos y morales de pueblos más diligentes y mejor educados que el nuestro.

Recordad esa Fenicia especuladora de que ya os he hablado. De su seno salían caravanas inmensas con rumbo al suelo feliz de Arabia. De allá regresaban a sus ricas metrópolis, cargadas de oro, de incienso, de mirra y de los más exci-

tantes perfumes de que en vez alguna supiese el olfato de los hombres. Si marchaban a la India, retornaban al jardín solariego con el marfil más reluciente que albeara en colmillos de elefantes.

Conocían secretas regiones perdidas en el fondo de los mares, de las que extraían metal en aquellos tiempos apreciadisimo.

Sin embargo, ese pueblo tan rico, tan incansable, tan expansivo, pereció porque carecía de ideales. No supo o no quiso, como el griego, conjuntar acción y pensamiento. Descuidó el cultivo del espíritu. Y por descuidar el cultivo del espíritu, no pudo jamás crear la idea de patria.

La sorprendente heterogeneidad de sus ejércitos es la prueba más irrecusable de su carencia de ideal patrio. Desorganizados grupos de mercenarios sin ley y sin Dios no podían amar una bandera e ignoraban qué defendían.

Allí el nómada inquieto vestido de piel de león, montado en brioso alazán de su Numidia; el libio belicoso y desmoralizado; el ibero atrevido y valiente, sin ningún afecto por la tierra que los alquilaba, no podían combatir con sinceridad ni pelear con heroísmo. Soldado que se alquila, soldado que traiciona.

Y por ignorar o querer ignorar el concepto de patria, ignorancia proveniente del desprecio que demostraron siempre por las sagradas cosas que reclaman la atención del alma, la Fenicia desapareció en la mar oscura de los tiempos dejando sólo una siniestra estela de cobardía y de egoísmo.



CUADRO DE CARNAVAL

Vista desde el balcón de un alto edificio la Avenida Central llena de bulliciosas mascaradas, semeja calle de ciudad de leyenda; una calle tortuosa, larga y estrecha, poblada de encantadores, de hechiceras y de endriagos.

Si algo hay inconscientemente seductor en esta calle, ahora, es esa profusión de tipos heterogéneos, hombres y mujeres de todas las zonas terrestres y de todas las condiciones sociales, que olvidan la diversidad de sus costumbres e idiomas para confraternizar—aunque por limitadísimas horas—en estas modernas lupercales, que

hacen resucitar en la imaginación gratos recuerdos de civilizaciones remotas en lo que fué.

No por estos sitios veréis—cual vieron antiguas gentes en poderosas comarcas donde era Baco deidad venerada—la banda de ninfas perseguida de grotesca turba de silenos y de faunos coronados de pámpanos; ni veréis retozar dioses en consorcio íntimo con los más degradados y corrompidos ejemplares de la raza humana; ni veréis monarcas viciosos y enclenques reclinados en el regazo de avasalladoras cortesanas. Pero, a falta de aquellas míticas figuras que imprimieron peculiarísimos tonos a las viejas carnestolendas, no escasean las cálidas trigueñas de nuestro Istmo, quienes luciendo vistosa pollera—traje nacional de origen gitano, según dicen los doctos—van por esas vías de Dios y riegar más sal que las mismas hijas de la tierra andaluza. Nerviosas de sensual entusiasmo, cantan uno de esos aires nacionales en que palpita cierta inexplicable melancolía y que la inteligencia popular ha bautizado con el no muy exacto nombre de *tamboritos*: palmotean lenta y acompasadamente, ostentando, al palmotear, dedos circuidos de anillos en los que irradia el rojo del rubí y el azul del zafiro con el verde marino de la esmeralda. El tinte violeta del crepúsculo comienza a amoratar los cielos. Zumba enorme ruido semejante, quizá, al que deben escuchar las almas cuando se van aproximando al Infierno.

El observador se extasia ante el confuso en-

canto de las muchas escenas que ante sí tiene. Súbito, una mujer le saca de su embobamiento al gritar: «¡Ya viene!», tendiendo la diestra hacia el Sur de la Avenida. Al punto se advierten en la muchedumbre vaivenes y murmullos de ola.

Y, precedida de cuatro heraldos vestidos de púrpura que—jinetes en no muy altivos corceles—tocan sonoros-clarines, aparece en su real carro la Reina Isabel, una virgencita delicada y rosada que sonríe mucho y, al sonreír, deja ver dos hileras de dientes diminutos y blanquísimos. Su carroza imita una concha llena de mujeres—perlas, arrastrada por fugaces gaviotas, símbolos tal vez de los sueños nupciales de las bellas.

Luego, en el lomo de un dragón, la Princesa Leovigilda, la que llaman Reina Mora e Hija del Sol y de la Noche.

En verdad que no vió el ojo terciopelo mejor que el de su acanelado rostro; ni miradas más atrevidamente habladoras que las suyas. Al verla, resurgió en la mente la amada del Sabio Rey, aquella que cantaba: «Morena soy, ¡oh! hijas de Jerusalem, mas codiciable como las cabañas de Cedar, como las tiendas de Salomón. No-miréis en que soy morena porque el Sol me miró. Yo soy la rosa de Sarón y el lirio de los valles».

Nada que dé una idea tan clara de la solida-
ridad que en cierto modo compacta los diferentes
elementos étnicos que integran la población na-

cional panameña, como la presencia de esas dos vírgenes, emblemas fieles de la vitalidad y de la esplendidez de nuestros ideales más gloriosos, cuales son los de hacer una patria hermosa, noble y digna, donde quepan todos los seres de sin distinción, de raza, ni de abolengo, ni de credo.

Aquella, hace recordar las divinas soñadoras del Norte, esas de róseo cutis y de castañas guedejas, que en la inmovilidad de sus pupilas reflejan la inmovilidad de los lagos septentrionales; ésta, parece una princesa de Oriente, una hija de Alá en que se junta al ardor del Desierto la frescura y belleza de la margarita del Oasis.

Yo he sentido la más sacra de las arrobaciones ante esa dos hijas del trópico y, he creído, por fugaces instantes de agradable inconsciencia, que la Felicidad y la Hermosura son cualidades indispensables a la naturaleza de los vivientes; que Jehová, al crear el primer hombre del poema bíblico dióle a aquel un beso en la frente y le dijo «¡Ríe! ¡Ríe para siempre! ¡Ríe!»

Al tinte violeta del crepúsculo sucede el azul pálido de un cielo con estrellas pálidas.

El desfile fué imponente, mas no muy bello. Y si exceptuamos unos cuantos trajes que fueron orgullo de la fiesta, entre ellos el de una gitana de ojos encantadores con cuya luz parecía inten-

tar escrutarlo y adivinarlo todo, podemos decir que faltó el disfraz pomposo, la vestidura opulenta que trajera a la memoria remembranzas de dinastías reinantes, de bailarinas llenas de joyas y de sedas; de guerreros vestidos de gala como en el momento preciso de celebrar un triunfo. Faltó también la comparsa original; eso en que el ingenio de muchos hace reproducir cuadros históricos o imaginarios y que deja en la visión sensaciones inolvidables y arranca del alma un grito de simpatía.

Ya es plena noche. Las danzas vigorizan las fiestas. La música consume la atención de todos.

Me he dejado arrastrar por mi instinto de nómada a uno de los barrios más populosos de la ciudad; a uno de los lugares donde los vecinos, amigos siempre de jolgorios, parecen ignorar el dolor. Al llegar al barrio observo, no sin orgullo, que a pesar de la influencia que ha ejercido el cosmopolitismo en nuestras gentes, el pueblo de Panamá ha sabido y ha podido conservar, intactas, algunas de las costumbres que heredó de sus galantes abuelos. Así, podréis ver ahora, a la luz de las estrellas, en patio con pretensiones a jardín, los rápidos movimientos que ejecuta feliz pareja al zapatear *un punto*, tradicional baile istmeño en que la agilidad y la voluptuosidad simulan rimar una canción a la vida.

Así la pareja:

Ella, una muchacha de esas que tienen fuego en los ojos, en la sangre y en los labios, luciendo la *pollera* clásica, salta, se retuerce, zapatea, ondula como una serpiente, respira como un peregrino jadeante, echa suspiros de cansancio y de amor, y con la fina diestra agita un pañuelo de seda roja. En su mirada sorprende embriagueces desconocidas. A través del encaje de sus vestidos se ven palpar sus senos con temblor de aves tímidas.

El, garrido mozo de veinte años. Un sombrero del Ecuador, cuya cinta ondea con los colores de la bandera del Istmo, corona su rostro ligeramente moreno. Viste de blanco y calza pequeñas zapatillas de color de champaña. Con inquietud se cimbra llevándose ambas manos a la cintura, recogiendo la americana y adquiriendo actitudes de gitanesca elegancia. Mira los ojos de la chica con cierto gesto de satisfacción indefinible y, con su mirar picaresco, demuestra sentirse tentado a ceñir la cintura quebradiza de la hembra.

Les rodea gárrula muchedumbre en que triunfan, por su mayoría y por la fuerte debilidad con que imperan, las mujeres.

De entre ellas, se destaca la figura enclenque y alta de los músicos: Joscito, Pol y Nacho.

Tras ellos, un hombre mitad montañés, mitad ciudadano, golpea rítmicamente un tambor casi cilíndrico, con las yemas de sus dedos groseros.

Y hay en todo ese conjunto de armonías, de colores y de perfumes, un símbolo: el bello símbolo del Panamá triunfador; del Panamá que avanza por entre la ruindad de todas las envidias y de todas las calumnias, porque, a despecho de la pasión política, abre sus entrañas al progreso del mundo, con la generosidad de esos pueblos a quienes la naturaleza señaló una gran misión que cumplir ya que la cumplen en bien de toda la familia humana.

CROMOS TRAGICOS



DE LA CATASTROFE

En la rojez siniestra de los incendios, en la confusa y desesperante inquietud de los naufragios; en el estrépito que producen macizos palacios al desplomarse en el estremecimiento súbito de los terremotos; en todas las catástrofes, en todas las desgracias de la humanidad advertiréis siempre la belleza, la espantosa belleza de lo terrible, de lo Espeluznante, de lo fatalmente sublime, de eso que el lenguaje de los hombres no puede expresar con propiedad suficiente, porque los vocablos son débiles para resistir la fuerza de las ideas que ello sugiere.

¡La espantosa belleza de lo terrible! Recordad

cómo se enrojeció el llano; cómo tembló la tierra; cómo volaron edificios deshechos en menudos fragmentos; cómo se oyó una detonación rápida, atronadora; semejante al estampido de cien cañones que vomitasen pólvora con simultaneidad horrorosamente admirable.

¿No creísteis por un momento que el planeta se desorbitaba; que los volcanes insultaban la contristadora impasibilidad del cielo con sus lenguas de ceniza y de llamas; que la naturaleza desencadenaba todos los elementos para demostrar, con la salvaje elocuencia de los hechos funestos, que en un minuto, en un segundo, puede reducir a polvo las obras a que dió creación la inteligencia del hombre?

¿Era aquello fragorosa batalla? Gritos prolongados de clarines; voces de mando en que la nota marcial vibraba con toda su grave música dominadora; adolescentes vigorosos armados de rifles, de hachas, de espadas.

Contra quién y por quién combatían? Contra el fuego que amenazaba lamer la faz de la ciudad con su enorme lengua carmínea; por la ciudad entera, por los buenos y por los perversos; por los moros y por los cristianos que la pueblan.

Súbito, estalla la dinamita, arde la pólvora y un retumbar sordo, sordo, superior en intensidad al del trueno, estremece los ámbitos, al par que fugaz iluminación purpúrea—una puesta de sol en

pleno estío—tiñe con colores de infierno el espacio. Vuelan piedras con celeridad destructora, anchas grietas se abren en la llanura y un ¡ay! lanza en los aires su angustia.

Y en medio de tanto ruido, de tanto pavor, de tantos resplandores, caen despedazados siete valientes servidores de la siempre malagradecida familia de los humanos; siete bomberos; siete héroes cuyos nombres son dignos de cansar los labios de la musa de la Epopeya.

¡Loor a vosotros, seres magnos! Se regocija el espíritu al comprender que aún en estos tiempos de salchicheros y de mercachifles triunfantes, tiempos en que parecen desconocidos el Heroísmo y la Hidalguía, hay almas dignas de otras edades, capaces de haber acompañado a Leonidas en el desfiladero célebre cuando el avance de las tropas persas o de haber perecido con Ricaurte en el griego episodio de San Mateo.

El cielo está pálido. Amenaza lluvia. Un viento pesado y cantarín murmura oraciones por las víctimas. En todos los balcones, ventanas y aceras se impacientan muchedumbres de mujeres curiosas y de varones entristecidos. El dolor les da cierta uniformidad en la actitud a todos. Una marcha de notas dolorosas anuncia el desfile. Seis carruajes llenos de hermosas coronas avanzan muy paso por la calle estrecha. Las notas des-

garran el alma con crueldad de fiera hambrienta. Aparece un carro fúnebre y sobre él un lujoso féretro de caoba. Le sigue uno, dos, siete carros más, también con ataúdes. En la melancolía de la tarde, el brillo de la madera de los ataúdes resalta con tonos metálicos.

¡Qué impresión tan conmovedora la que acongoja el organismo cuando vemos pasar en silencioso desfile esos féretros pomposos!

De mí sé decir que a pesar de su belleza; de su brillantez; de la impecable regularidad de sus líneas, por las que se les podría equiparar a las más correctas figuras geométricas, no puedo menos que forjar pensamientos de pena, de lágrimas, de horror y de muerte al verlos, por que sé que ellos encierran cuerpos inertes que ayer no más eran seres enérgicos, alegres, valerosos, dispuestos a sacrificarlo todo por sus semejantes; porque ellos dicen, con la muda pero espantosa voz de las cosas inanimadas, que dentro de su reducido espacio pueden ocultar la grandeza del mas omnipotente de los hijos de Eva; pueden brindar descanso al más refinado, al más poderoso, al más exigente.

Luego los bomberos pasan. Bajo el negro casco la chaqueta roja clarea. Graves y altivos, los bomberos oprimen el pavimento de la callejuela con sus enormes botas, como seguros de que no están pisando en cristales ni en flores.

Ahora, viene un ejército. Son los policiales armados. El Sol quiere asomarse por una ventana del cielo y no se atreve. Apenas si envía una discreta mirada a las bayonetas de los soldados, las cuales bruñe con gusto de artista arrancándoles reflejos de plata.

El tambor es hábil. Redobla² con maestría y elegancia. Su rostro de ángulos rectilíneos gestacula con orgullo cada vez que sus manos golpean la caja.

Rectos, mudos, gallardos en la marcha, estos policiales-militares tienen el aspecto desembarazado y suelto que sólo se adquiere después de un riguroso régimen disciplinario, que eduque los movimientos, desarrolle los músculos y sujete la impulsividad de los diferentes caracteres. Siguen repercutiendo las melodías dolorosas. Siguen . . .

Y sobre la siempre lujuriente verdura del Ancón, Véspero llora lágrimas de plata por los héroes que se fueron de la tierra a perderse en las doradas regiones de la Inmortalidad.



CON MOTIVO DE LA MUERTE DE SIMON RIVAS

Ese, que oculto llevan en negro ataúd de madera, seguido de unos cuantos mortales contritos, digno es del bronce y del mármol; de la canción de elogios y de la corona de laureles. Ese, es digno de todas las prerrogativas que la inmortalidad concede a sus elegidos; es digno de la elegía con que las musas anuncian a los cuatro vientos la desaparición de un varón grande, que si no tuvo la grandeza ficticia de los que a falta de intrínsecos méritos, no pueden menos que vanagloriarse de la grandeza de sus caudales y de la de su insignificancia intelectual, fué un aristó-

crata del talento, un señor poderoso y fuerte que en los dominios de la intelectualidad elevó un día sobre macizas y sólidas bases el castillo de sus ideas.

Fue uno de esos mancebos que, por lo impetuoso de su carácter, por el fuego de su inteligencia, por el brillo de su imaginación, por lo bello de sus sentimientos y por la miseria fisiológica y pecuniaria que les debilita; parecen ángeles maldecidos, coronados de áureas diademas pero asidos a la roca de la Impotencia por la dura cadena que forja la Fatalidad en sus negros talleres.

Sañadores incorregibles, naturalezas hiperestésicas más finas y vibrátiles que alambres de guitarras; seres que, en su eterna embriaguez de ilusiones quisieran amoldarlo todo a sus gustos, a sus caprichos, andan por los oscuros vericuetos de la Vida, tropezando aquí, resbalando allá, sintiendo puñaladas de espinas en los pies, mientras que sobre sus cabezas vibran aleteos de águilas; mientras que en sus pechos sienten yo no sé qué delicioso malestar—permitidme la unión de vocablos tan enemigos por lo antitéticos—un delicioso malestar que en su inquieto lenguaje de emociones dice de los alientos divinos escondidos en la prosaica armazón de músculos y de huesos.

Antes de caer vencidos por la misma consunción de sus fuerzas vitales, estos hombres— a quienes bien pudiéramos llamar extraterrenos, to-

da vez que nuestro minúsculo planeta no es para ellos sino campo enemigo—comprenden, con íntimo desconsuelo, que de poco les vale ser dueños de cualidades magnas, si éstas no van acompañadas de cierto porte y de cierta audacia que les permita triunfar en todas las batallas a que les llevan sus siempre incontenibles impulsos de sublimes quijotes.

Incapaces de hablar el lenguaje de la adulación; inadecuados para ejercer el papel de actores cómicos en la tragicomedia de la existencia, vierten lágrimas de sangre al advertir que su reino no es de este mundo; devoran en silencio sus cóleras, y prefieren encerrarse en la torre de marfil de su orgullo y luchar contra sí mismos, hasta postrarse en la desesperación de la última angustia.

Epoca de injusticias y de cobardía esta, en que en el cielo de la Humanidad no se ve más vuelo que el de las águilas doradas; época de injusticia y de desvergüenza, en que el sebo de las reses y la piel de los carneros son mejor apreciados que el libro donde el escritor de valía vuelca el ánfora de su pensamiento—rico vino elaborado tan sólo para gustos amigos de saborear quintaesenciados manjares.

Epoca de injusticia, de cobardía y de moral miseria, en que el talento constituye motivo de desprecio cuando no aumenta su brillo con el brillo del oro; cuando no es lengua que lame las

manos fustigadoras de Zelayas y de Castros; cuando no ofició de sacerdote en los templos de los dioses del dollar.

Canales abren los hombres a través de istmos, al par que la envidia, la vanidad y la infamia abren anchos surcos en la conciencia de la Humanidad.

Mientras los mares se confunden en uno solo —¡quién lo creyera!— los hombres se repelen, se odian, se matan. Y aquí es donde con más frecuencia se verifica el fenómeno. Nos ridiculizamos mutuamente. Nos devoramos a dentelladas como fieras enemigas. Como los caballeros medievales, nos destrozamos en justas inútiles y risibles. De ahí que para un panameño no haya ser más inhábil que un su paisano. De ahí, que nunca vibre la nota panameña en los grandes conciertos de la verdadera intelectualidad hispanoamericana; de ahí que hayamos descendido a sitios tan bajos en el terreno de la dignidad patriótica; de ahí el concepto que de nosotros conciben los extranjeros mal preparados que nos conocen superficialmente. Que amamos nuestras cosas. ¡Mentira! Lo hemos probado en algo? Sin retrogradar a días pretéritos y sin que sea mal interpretada mi expresión al respecto, diré que la estatua de Vasco Núñez de Balboa, español, se erguirá en Panamá antes que la de Tomás Herrera, Justo Arosemena, Mateo Iturralde y Pedro Sosa, panameños. Conste que esto lo digo sin

pretender amenguar la gloria del gentil-hombre jerezano que descubrió el Pacífico.

Mientras que en ninguno de nuestros paseos públicos se irgue el busto de un compatriota preclaro, en las Bóvedas surge, sobre hermoso pedestal blanco, frente de un cañón que simboliza con su inmovilidad el estado de inercia de nuestro espíritu nacional, el medio cuerpo de bronce de Napoleón Bonaparte Wyse, ingeniero francés al servicio de la Compañía francesa del Canal interistmico.

Este vil estado de inercia nos caracteriza en todas las manifestaciones de nuestra vida colectiva. Y quieras que no, los que aquí nacimos y vivimos somos de él víctimas.

Simòn Rivas, o Cristóbal Martínez como se llamó cristianamente, fue víctima de esa indolencia nativa.

Así cual mueren ciertas plantas bajo el rigor de climas inadecuados a sus órganos, los hombres que viven en medios poco adaptables a su temperamento, se malean y, mueren prematuramente.

A Simòn Rivas le ahogò el ambiente deletéreo de su país. Quienes observan los sucesos desde un punto de vista meramente personal atribuirán su caída a irregularidades y excesos comunes en la vida de todos.

A los hombres raros hay que verlos de lejos. Si se les juzga, teniéndolos muy de cerca, el juicio resulta, en exceso, erróneo.

Estas notas que pongo al margen de sus páginas, no tendrán otro mérito que el de la sinceridad, el de la sinceridad que gusto poner en todo lo que de esta mal esgrimida pluma sale para cantar belleza de mujeres o para elogiar ricos tesoros espirituales de hombres.

Taciturno, mudo, pensativo, parecía vivir de recuerdos o esperar no lejanos acontecimientos infelices.

Para los que sabíamos que dentro de aquella figura aparentemente vulgar giraba todo un universo de ideas brillantísimas y compactas; para los que sabíamos que dentro de aquella textura extenuada se levantaban—cual rosales cargados de flores—pensamientos fantásticos y al par verosímiles, no era sorprendente imaginar que aquel hombre sereno y tacibundo era ya un vencido; un derrotado de la batalla de la vida; un adalid que, en el pleno dominio de sus fuerzas, luchó con bizarría, con afán de triunfo, con varonil entusiasmo hasta sentirse físicamente impoderoso; moralmente vencido; intelectualmente debilitado.

¡Cómo lloraría en silencio al comprender la inutilidad del esfuerzo; la inanidad de la lucha; la inmisericordia brutal del medio que le circue!

Sus gemidos de ruiseñor aprisionado en la jaula de su propia amargura; su soledad de pájaro abandonado en la gran noche de la pobreza y, sobre todo, aquella su altivez de artista doblegada a los embates del Azar—que de tarde en tarde parece tener más poder que Dios—, hablarían a su alma con más eficacia que todas las voces consoladoras de todos los consoladores humanos.

En verdad que maltrata pensar que la indiferencia caiga—como pesado manto de luto—sobre la memoria y sobre la obra de seres que, como éste, consagraron todas sus actividades a la realización de un fin noble, cual es el de crearse—a despecho de la sorda vocinglería de teóricos semi-torpes—una individualidad de acuerdo con las tendencias peculiares que atesoran.

Ciertamente maltrata pensar que ya todos se olvidaron de aquellos poemas lúgubres; de aquellos cuentos con tanta habilidad tramados; de aquellas fantasías que aparentaban surgir de un cerebro nacido en un país de brumas.

Lo que no se comprende, no se ama; lo que no se ama, se olvida. Hay públicos que conservan, por una eternidad, recuerdo de seres y de cosas que de un modo u otro influyeron en la formación de sus gustos, de su educación, de su carácter. Son como esos frascos que conservan durante muchos años el penetrante olor del líquido que contuvieron o como jardines inmensos en cuya atmósfera persiste la mixtura de distintas fragancias.

Hay, también, públicos miopes, cuya incapacidad de visión les impide distinguir cómo se irgue de entre la turba la talla gigantesca de esos nerviosos enderezadores de mentes obtusas, que con la palabra cáustica queman llagas sociales, y con la palabra suave y consoladora alivian el dolor de esta miserable existencia—mezcla de todas las hieles.

Público así le tocó a Simón Rivas. En vano alimentó su obra de hermoso vocabulario como el más docto señor de la Española. En vano su instinto de jardinero de la belleza quiso hacer florecer rosales en tierra donde es más fácil ver crecer las ortigas de la política y los cardos de la envidia, antes que el lirio azul del Arte.

Aunque sean muy excelentes los sistemas de irrigación que se empleen; aunque el horticultor viva con dominadores deseos de ver producir plantas lozanas en el huerto a él encomendado, todas sus labores se reducirán a nada, si el terreno no tiene en sí—bien que escasamente—principios de fecundidad. Es como pedir que un idiota piense o como intentar que una hormiga cante. En las rocas podrá crecer musgo. Nunca dalias.

Su esperado fin trágico no sorprende. Simón Rivas ha tenido predecesores selectos: Edgardo Poe, Alfredo de Musset, Carlos Baudelaire, Pablo Verlaine.

Quienes constituyen ese cuarteto, caballeros de la más linajuda prosapia en los países del Genio,

cayeron en circunstancias análogas a las que rodearon los últimos meses de este singular panameño.

La mañana que le sorprendió exánime era fría, como caricia de mujer sin amores. La lluvia, menuda, fúnebremente rumorosa, desataba sus hilos de plata con un gesto casi humano. No le tocó morir, cual lo deseaba en una de las estrofas de su poema «El Rubí», una tarde roja, iluminada por las llamaradas purpúreas de un lujoso y deslumbrador sol poniente:

«Roja, así quiero yo que sea la tarde
en que el último adiós mis labios hiele
y de grana y rubí que sean las rosas
que lleves a mi muerte,
cuando ya no te mire el áureo anillo
en tu mano brillar como en la nieve.
¡Oh roja luz que mi cerebro ofusca!
Estrella roja entre tu mano blanca!
Acoje mi pasión en tus reflejos
cuando al soñar del alba
no tengan ya más sangre los crepúsculos
ni rosas ni claveles las montañas».

Contristadoras sorpresas de la Mala Suerte!
En donde estaba la amada a quien fueron dirigidos aquellos versos? Sobre el sudario que cubría el cuerpo inmóvil del poeta sus blancas manos arrojarían puñados de rosas...?

El amor y la amistad huyen de allí donde el infortunio sienta sus reales. Y para colmo de injusticia—¿Vergüenza qué te has hecho?—ni la seca nota de un diario pudo decir a los pobladores de esta pobre tierra, que se había eclipsado una de las más luminosas estrellas que alumbraran el firmamento en el Istmo.



POR LA CIUDAD EN RUINAS

—

(Colón, 2 de Mayo, 1915).

Cuando descendimos del tren, caía la lluvia. Quedaban atrás los lagos con que el esfuerzo yankee alteró la configuración del suelo istmico; la maleza hostil, aparentemente inaccesible, ostentando la salvaje vegetación de las tierras fértiles olvidadas o desconocidas por el cultivo; las sombrías lagunas que en algunos parajes mostraban, a flor de agua, lozanas pero inapreciables plantas en la más fecunda eflorescencia: y, en otros, en los más, garzas blancas y árboles tris-

tes, sin un nido, aislados y anémicos de savia; desnudos, completamente desnudos, porque ni manto de hojas ni manto de flores vestían aquellos miseros organismos vegetales próximos a descomponerse en el seno de aquella tierra fan-gosa.

Desde la estación del Ferrocarril, todos los viajeros pudimos crear idea de lo que fué el incendio que en la tarde del treinta de Abril último trocó en polvo toda la más rica zona de la ciudad atlántica.

Y pronto me entristeciò el comprender que ya no estaba en la activa urbe, llena de bazares, de hoteles y de tabernas; en la ciudad cosmopolita, donde se podía decir que la fiebre de los negocios ascendía a 39°; en la ciudad loca por hacer dinero, en cuyas avenidas rectas y anchas no se veía más que mercaderes de todos los sexos y y de todas las playas; en cuyas playas no se veía más que barcos, hombres y banderas. Aquélla, en sus tiempos de esplendor, fué una ciudad de Fenicia renacida en América.

Ya estaba en una ciudad muerta; por encima de la cual había pasado poco antes el vuelo siniestro del ángel de la Fatalidad y el carro de llamas del Dios Fuego, rojo y terrible como su hermano el Dios de los Infiernos.

Ninguna catástrofe genera en el corazón humano tantas conmovedoras emociones como las que ge-

nera un incendio; ningunas ruinas engendran tantas impresiones de muerte, de pavor y de angustia, como las ruinas de seres y de cosas consumidos por las llamas.

Alguien, deseoso de ostentar más amplia visión, me argüirá que más conmueve la vista de los despojos de una ciudad devastada por terremotos, en la que el suelo, agrietado por el calor interior del planeta, resiste el peso de los cadáveres desfigurados por la violencia de los derrumbes; donde las rotas paredes de los palacios de mármol se inclinan, blancas y deformadas, patentizando el doloroso destino a que está condenado todo lo que se produce bajo el sol; donde, al lado de agonizante mendigo, ondean las cortinas de púrpura de soberbia mansión patricia, desquiciada por la inesperada conmoción terrestre; donde en fin, se ve, entre despojos de pobres cosas, uno que otro resto del esplendor de los moradores de la ciudad: ya el estuche cuajado de pedrería, ya la truncada columna de pòrfido que sostuviera el techo de opulento alcázar.

Todo esto lo expresará quien pretenda contradecir mi afirmación primera.

Pero yo le redargüiré con orgullosa seguridad de que, a fin de cuentas, mi interlocutor quedaria satisfecho de mis argumentos:

Que en los sitios arrasados por los temblores, hay posibilidad de sentir belleza: un cuadro, una joya, una catedral derruida, o semi-derruida.

Pero en los restos de una ciudad devastada por las llamas, qué nota de belleza podriase percibir, a no ser la presencia de alguna hermanita de la Caridad, recogiendo victimas, con dulce gesto de santa hembra misericordiosa.....? Ellos constituyen por si solos el espectáculo más contristador de todos los que suelen contemplar los ya fatigados ojos de los hombres....

En tales sitios, el gris contristador de la ceniza extiende su informe y plúmbea mancha. Por fuerza hay que repetir con Eugenio de Castro, el portugués hondo: *Todo está ceniciento, ceniciento.*

En tales sitios, la tierra exhala vaho de huesos cremados; los niños tienen gestos de mancebos cariacontecidos; los mancebos parecen ancianos, y los ancianos clavan la vista en las ruinas, en el suelo, en las nubes, en todo, cual si pidiesen con suplicante mirada húmeda, el último descanso que han menester sus miembros debilitados por la vehemencia de tantos combates librados en el campo de la actividad, para obtener, como único triunfo, la más firme y odiosa de las convicciones: la de la inanidad suprema de toda intención noble.

En tales sitios, la más imperceptible sonrisa parece una ironía; el rumor de la brisa parece una canción fúnebre, y la voz de las mujeres tiembla como un sollozo.

En mí nacieron todas estas dolorosas observaciones, mientras recorría, a la diestra de un ami-

go, las calles de la antes hermosa ciudad de Colón, dos días después de la catástrofe.

Marchábamos, bajo un cielo gris oscuro, casi negro, del que se desprendía inquietante llovizna, como si la naturaleza deseara extinguir los fizonas que todavía humeaban en algunas de las cuadras incendiadas.

Ante mis ojos, jamás había tenido espectáculo semejante: las avenidas transitadas por curiosos recién llegados de Panamá y de la Zona del Canal, con la faz plegada con visajes de conmiseración y de pena; en los grandes cuadrados de tierra—que no mucho antes habían sido asiento de enormes habitaciones—predominaban, por su número, carbonizadas hojas de zinc, irregularmente superpuestas, como si en el terrible instante en que se intensificaba el calor hubiesen querido morir confundidas en un estrecho abrazo. Parece que hasta las *cosas sin alma* experimentaran el sentimiento de la fraternidad. Cerca de las metálicas hojas, botellas semi-despedazadas, parecían demostrar con sus ya no transparentes cristales, cuán poco benigno fuè el incendio para con ellas. Aquí, torres de platos de loza, apenas ennegrecidas, por la ligera caricia del fuego; allí, un racimo de bananos, renegridos por la intensa carbonización; más allá,—¡quien lo hubiera previsto!—un grupo de alegres gallinas que surgen de entre los escombros, lanzando con todas sus fuerzas, al unísono, resonante, ¡*cocorocó!* quizá para demostrar al mundo que sobre los despojos de

todo hay siempre algo inmortal o casi inmortal: el canto y el vuelo.

¡Loor a vosotras, jubilosas gallinas, que tan inconscientemente simbolizáis el triunfo del espíritu sobre la materia!

Cuando ya cansados de entristecernos ante aquellos siniestros escombros, nos dirigiamos a la zona indemne de la infortunada villa, atrajo nuestros ojos una calle anchísima, talvez cuatro veces más ancha que las otras; hacia ella fuimos, era poética vía, subdividida, si recuerdo bien, en cuatro callejuelas; se la llama Broadway.

Embellecen las laderas de Broadway hermosos arbustos: son arbolitos de *Flor de la Reina*: delicia es ver cómo en las ramas de bruñidas hojas de color de esmeralda, contrasta con el verde de los cálices el rojo encendido de las corolas. Y sabéis qué es lo más curioso de aquellas callejuelas? Innumerables casas de campaña, erigidas en las floridas laderas, para albergar, no ejércitos de militares vencidos en sórdidas luchas de hombres contra hombres, sino ejércitos de miseros, de parias hostilizados brusca y fatalmente por el azar, el día que el bello y terrible elemento trocó en cenizas rica parte de la cosmópolis.

Avanzamos por una de las sub-callas de Broadway, hacia la playa. En la vía solo vemos mu-

jeros: antillanas de carnes blandas y grasosas como pedazos de corcho impregnado de aceite; mujeres de Colombia, altas, nerviosas, con pupilas emocionantes como incendio, con enormes cabelleras, oscuras y tersas como tapices de terciopelo negro; mujeres de Yankilandia, con amarillo en las crenchas, con azul en los ojos y púrpura en los labios; se las podría llamar mujeres *tricolores*.

Con albas ropas desfilan, y al perderse a lo lejos, parecen grupos de hermosas palomas a flor de tierra; mujeres del Indostán, adorables *culles* de escultúreo busto, de caderas semi-redondas como las carnosas mitades de una manzana; de andar perezoso como el de casi todos los seres de Oriente. Tienen gracias las *culles*: sus rostros, aristocráticos, por la distinción de la línea, conservan la invariable belleza melancólica de la estirpe semítica.... Mujeres, mujeres de todas las zonas terrestres; aves que todavía anidan en este escueto jardín, quizá esperando el despertar de nuevas primaveras o aguardando el despuntar del día de mañana para ir a mejores tierras.

Llegamos frente a la playa. Ante aquellas ondas puras, azules y transparentes como la atmósfera de los días estivales; ante la desierta inmensidad de aquellas aguas, libres de la suciedad y fetidez de que ton impregnadas están las ondas en las riberas del Pacífico, sentí que del fondo de mi corazón salía un canto:

«Oh! mar! ¡Oh mar Atlántico: yo te saludo con

todo el júbilo, con todo el entusiasmo de mis sonoros veinte años! Yo te canto la canción de mi entusiasmo, por tus aguas teñidas de lapizlázuli y zafiro; por tus espumas pulcramente blancas; por tu furor demoniaco; por lo majestuosamente inmenso, por lo majestuosamente hermoso; por tus bahías tranquilas y apacibles como lagos; por tu tristeza y por tu soberbia de Rey encadenado, simbolo de la tristeza y soberbia de los genios humillados por el destino, yo te saludo y te canto ¡oh! claro Mar Atlante, con todo el entusiasmo de mis sonoros veinte años.

Sobre tí han batido sus colores todas las banderas! Desde la luminosa bandera que enarbola el Rey del Crepúsculo en el alto alcázar de los cielos, hasta la bandera de la más pequeña de las naciones de la Tierra!

Sobre tí llegaron a nuestras playas los barcos-monstruos con el vientre nutrido de pedrería del Brasil y de la India; de seda del Japón y de la China; de cristales de Francia y de Alemania; de vinos de España, de Italia y de Francia.

Y crece mi regocijo ¡oh! claro Mar Atlante! al recordar que sobre tí vinieron las mujeres que no ha mucho deslumbraban con sus ojos en la calle Broadway! Sobre tí vinieron, a lucir los encantos de sus cabellos y de sus pupilas y de sus andares! Sobre tí vinieron, a poner gotas de mieles en la copa del tedio de la vida colonense; a per-

fumar el ambiente con sus variados aromas de flores de variados climas; a disipar la desolación de tanto imbécil como pululaba por esas calles de la ciudad activa».

El Mar quedó sereno.... Parecia haber escuchado con atención. Si, había escuchado.... Habia escuchado e interpretado mejor que algunos hombres.

Y me alejè pensando que sobre los escombros de la ciudad ardida renacerà mañana bulliciosa cosmópolis que irradie en la noche de todas las miserias, luz, mucha luz, como un gran faro de civilizacián, de belleza y de gloria!

¿Renacerá?



CRONIQUELLA

En estos días de Mayo;—días bellos y alegres en que revientan los botones y las almas palpitán de amor,—(Cómo vienes a mi memoria, Enrique Heine!) el Crimen ha derramado pólvora y ácido fénico en nuestra atmósfera.

Preguntad cuáles han sido las causas que indujeron a muchos desgraciados a delinquir, y simultáneamente os dirán treinta y siete mil bocas panameñas y extranjeras: «¡El Amor! Oh, sí el Amor!»

Desde Adán hasta nuestro días, él, que ha sido perpetuador de los seres, ha sido también, en cierto modo, el destructor de ellos.

El Amor es un loco travieso y fuerte que, hoy pone la pistola en manos de donceles exaltados y, mañana, el veneno en las de infelices mujeres que—deseosas de immortalizarse en historias de aventuras románticas, beben láudano o mercurio, previa intención de suicidio—pretextando éxito desconsolador en sus delirantes amíos.

Ante ese confuso espectáculo de Pasión y de Muerte, se pregunta úno asombrado si es verdad que la influencia de Venus impulsa a estos desgraciados a hundirse en los abismos de lo Desconocido, o si ese funesto mal que algunos llaman «El mal de la vida», les avinagra el carácter, impulsándoles en siniestros instantes de cólera y de despecho, a ensayar un gesto de menosprecio hacia este mundo de infamia.

*
* * *

Allí, en su modesto lecho, se quejaba la modistilla, retorciéndose de dolor y de cólera, oprimiendo contra su pecho blanca almohada, como un náufrago que, en su desesperación, se ase de la primera tabla que encuentra.

Pobrecilla! Ciento cincuenta gramos de mercurio le destrozaban el organismo y deshacían el sér que aún se ocultaba a la luz, en el vientre de ella.

Llanto arrancaba el ver junto del lecho de la

enferma, en no pequeño cesto de mimbre, las sedas de que esa madre infeliz había pensado hacer elegantes camisas para su *baby*.

Llanto arrancaba el contemplar aquella faz amoratada por el insomnio y el veneno; aquellos pezones que a través de los encajes que les cubrían mostraban, inquietos, sus rosadas puntas, aún no humedecidas por labios infantiles; y, sobre todo, aquella alcoba miserable donde como uno de los más ricos muebles, amarilleaba un crucifijo de cobre, perlado de esperma. En el ambiente parecía flotar un olor a desaseo.

Desgraciada! Qué la impulsó a buscar voluntario martirio? Lo de siempre.

El amor la inyectó estricnina en la sangre y la hizo pensar cosas malas y, después?... Ah! después, como funesto epílogo de un drama de pasión improvisado, un chiquillo en el vientre de la hembra, gritando con la muda voz de las palpitaciones, que deseaba ver el Sol; que ya anhelaba aspirar el aire de las montañas patrias.

Y a todo esto, el guasón dueño de la paternidad gozando en licenciosos lugares que no son para dichos.

¡Oh! mujer infortunada y apasionada que recurriste al sublimado en demanda de alivio para tus penas, yó te amo y te odio!

Te amo, compasivamente, porque sufres tormentos indecibles en tu espíritu y en tus entra-

ñas, y te detesto; sí, te detesto, porque destruíste con tóxico el infeliz chiquillo que habría sido— ¡no lo supusiste!—comienzo de grandes generaciones de hombres magnos!

Mayo: 1913.



LLUVIA

Con música dolorosa y monótona, que semeja una interminable lamentación, cae la lluvia. A través de una de las grandes ventanas de mi aposento de enfermo, yo la miro descender y, pienso que para mí nada hay tan inexplicablemente consolador como escuchar desde mi tibio lecho ese cántico intenso—lento y desconsolador como la última oración de un reo—que la lluvia murmura, ya en el techo de zinc de mi casa; ya en el patio de concreto de la mansión contigua a la mía; ora en la tierra negra, sembrada de rosales, del bello jardín que frente a mi habitación se extiende, con la seductora policromía de sus flo-

res; ya en los tersos ladrillos que cubren de inmensa capa rojiza la sinuosa extensión de la calle.

Vosotros, los que no sois solteros ni viudos, no véis cómo en las noches de lluvia, cuandó el cierzo canta un tiernísimo himno de penas en las puertas de vuestras casas, os miran con más pasión los ojos de la mujer idolatrada, como si ella, presumiendo que estáis friolentos, quisiera daros calor con ellos? ¿Nó veis cómo la adorable esposa busca almohada tenuemente cálida en donde reclinar su cabeza coronada de lujoso manto de cabellos y, en su mal contenido cariño para vosotros, no encuentran mejor almohada que vuestros hombros duros y vulgares?

Observad que durante la lluvia es cuando mejor se recuerda: los goces, las congojas, los ensueños y las desesperaciones pasados, sacuden nuestra memoria con inquietud agradable entonces, como si todas las películas de nuestra vida pretérita se reflejasen, de súbito y en bien ordenada sucesión, en la tela del recuerdo. Surge—como en la magia de un encanto—de entre las nieblas de la memoria, la mujer sincera y angélica que amamos en nuestras mocedades. Con una sonrisa mitad pesar, mitad contento, parece reprochar nuestra ingratitud, nuestro olvido.... Pasa.

Pasa; y al rumor de la lluvia recordamos que al amparo de la adorada—como al de la luz solar las plantas—abrió su abanico de púrpura la rosa de nuestra juventud.

Todo convida a pesar que en los días de invierno, el ruido que produce el agua del cielo al caer sobre las cosas bajas del mundo; la quietud que adormece el espíritu y, la humedad de la temperatura excitan la sensibilidad, debilitan la intensidad de las pasiones de los humanos y les predisponen a la recordación del pasado.

Luego, la fantasía reproduce contristadoras escenas en las cuales sólo actúan seres más o menos desconocidos para nosotros; pensamos en los niños huérfanos a quienes la mano violenta de la Casualidad lanzó en el Desamparo; en esos pobres que la injusticia del Azar destinará muy pronto al presidio, al hospital, al cementerio o al océano.

Con el viejo traje sucio en desorden; con los infantiles rostros acuchillados por arrugas precoces,—señales de insomnio, de hambre y de cólera mal reprimida—, esos desgraciados recorren quizás calles y plazas, buscando refugio y no encuentran sino indiferencia y burla: indiferencia y burla de muchos que—de manera indirecta tal vez—contribuyeron a la infelicidad de esos miserables. Pensamos en la inexperta doncella seducida por algún viejo verde y arrojada después al torbellino del mundo—tal una paloma perdida en la confusión de huracanada noche.

Sola, enclenque, arruinada en su complexión, vagará por esas lujosas calles mojadas sin encontrar—¡infeliz paloma!—un nido tibio que devuelva

a sus plumas el calor que las alentara en luminosas tardes color de oro.

Y pensamos, ¿por qué no en ellos también? en los afligidos enfermos, pálidos de anemia y febriles de impaciencia; en esos desventurados que olvidados de los dioses del Bien, se retuercen ora mudos, ya quejosos, creyendo que la lluvia que vendrá con el día venturo, les encontrará ya exánimes y ocultos en el negro seno de la gran madre Tierra.



PSICOLOGIA DE OTELO

Clara demostración de que nuestras gentes no son ya insensibles a las voces del Arte, fué la densa corriente humana que afluyó al Teatro Nacional anteayer, con motivo de la representación de *Otelo*.

No hubo asiento vacío, sin que por ello hubiera dejado de llamar vivamente la atención la considerable escasez de varones en el coliseo.

Esta vez,—como todas las demás ocasiones en que se verifica algún acontecimiento de arte en nuestra cosmópolis—las mujeres han demostrado, mucho más que los hombres, vehementísima as-

piración de cultivar el gusto. De ahí que, al dirigir los ojos a la concurrencia, nuestras miradas advirtieran abundancia de alabastrinos senos floridos y deplorable ausencia de tiesas pecheras.

Las mujeres todas exteriorizaban con casi involuntarios gestos de inquietud su impaciencia por presenciar la ejecución de la obra.

Ello se explica. Se trataba de un drama en que el protagonista es un hombre de potente energía nerviosa, empozoñado de celos mortales; y las mujeres son, por tendencias congénitas, inclinadas a ver con ojos de curiosidad todo lo que se relacione con esas furias,—verdaderas creaciones diabólicas—, que marchitan guirnaldas en las casi virginales frentes de las recién casadas y ponen acero homicida en las violentas manos de los amantes apasionados.

Personificación de todas las más fuertes pasiones humanas, el sombrío personaje shakespereano es el prototipo del hombre impetuoso nacido para realizar peligrosos planes con un muy alto concepto del honor; desafiar los peligros y amar con amor que degenera en idolatría. Su amor comienza puro. Parece mentira que la corriente de sentimientos nobilísimos que fluye de tan perspicuo manantial se transforme en turbia marejada de dudas, de odios, de inquietudes funestas y arrastre en sus lúgubres ondas las fétidas gotas de infamia que destila el corazón de Yago.

Otelo es el Heroísmo, el Orgullo, el Honor y

el Amor en su expresión más terrible. Es un héroe creado para la tragedia porque es grande. Su carácter de acero está forjado en el yunque donde se modelan, a golpes de martillo, las más inflexibles voluntades. Parece que en su organismo se agitaran todos los elementos; tiene ímpetus de huracánicos soplos; es irrefrenable como una catarata; en sus cóleras hay mucho de fuego. Oteló parece un volcán hecho hombre. Por sus ojos, que parecen cráteres hirvientes, vomita fuego. Por su boca, que parece cráter encendido, vomita espuma. Son expansiones de fuerte animalidad muy propias de los llamados hombres de acción. Por eso, su presencia es quizá más terrible que sus mismas acciones. Tiene el don de imponerse, porque tiene conciencia del valor de su propia personalidad. Y porque tiene conciencia del valor de su propia personalidad, no teme, no se humilla.

Aún en los últimos instantes del trágico episodio en que le tocó por malos de sus pecados, ser victimario de la dulce veneciana que le amaba, sabe exclamar con salvaje ternura:

«Déjame ver tu rostro por última vez, infeliz esposa mía! Tan pálido está como tu vestidura. Cuando los dos comparezcamos ante el tribunal divino, esa mirada tuya bastará a arrojar mi alma del cielo, y los demonios harán presa en sus uñas! Ay! de ella conmigo, siervo del pecado!

Furias! Arrojadme del cielo con vuestro azotel

Demonios, arrastradme a vuestro orco! Hacedme hervir con azufre en pilas de hirviente metal.... Desdémona! Desdémona!

Luego, qué sinceridad tan bien sentida, cómo desnuda su espíritu poco antes de extinguirse a sí mismo:

«No tratéis de disculparme ni agravar tampoco la culpa. Decid que he sido un desdichado; que amé sin discreción y con furor; que aunque tarde en reclamar, me dejé arrastrar como loco por la corriente de los celos; decid que fui tan insensato como el indio que arroja al lodo una pieza preciosa que vale más que toda su tribu. Decid que mis ojos, que antes no lloraban nunca, han destilado luego largo caudal de lágrimas como destilan su balsámico jugo los árboles de Arabia.»

.....
«Esposa mía, quise besarte antes de matarte! Ahora te beso y muero al besarte!»

Otelo es el hombre valiente, generoso, desgraciado y crédulo.

El relato heroico de sus proezas; el relato conmovedor de sus desgracias, enternece el corazón de la casta véneta que con velada y discreta declaración le manifiesta espontáneas simpatías. Hay seres grandes y desgraciados—guerreros, artistas—que en los instantes en que se consideran más abandonados de femeniles caricias, sienten

que Amor bate alas en torno de ellos y les susurra al oído las más blandas músicas nupciales.

Otelo es sinónimo de Vehemencia, de Valor y de Honor. Pocos hombres saben sentir y vivir como él. Le perdió un defecto: su excesiva sinceridad; de su excesiva sinceridad nació su excesiva credulidad. Por eso, le perdió Yago.

En el decurso de la humana existencia ¡cómo duele ver caer tantos Otelos víctimas de las traiciones y cobardías que constituyen el único patrimonio de la fatal progenie de los Yagos!



LA ADMONICIÓN DEL PÁJARO

Palmas reales, fecundos naranjos y enhiestos caimitos se elevan allí donde ves hoy alzarse los palacios de la Feria, no lejos de la mar azulada y nacarada como perla. A pesar de la poca distancia que le alejaba del centro de la cosmópolis, no poblaban aquel paraje otros seres que pájaros. En las verdes coronas de las palmas; en las punzantes ramas de los árboles cargados de azahares; en los prolíferos racimos de morados caimitos, los ojos de los hombres no podían ver otros seres que aves. ¡Cuánto rumor se desprendía de las frondas estremecidas de música de viento y de pájaros!

Frescor de tierra húmeda, fragancia de hojas nuevas y vivificante olor de naranjas recién nacidas se desprendía de aquella desordenada agrupación de árboles—tan ordenados en su mismo desorden—vigorosos de savia, limpios hasta el aterciopelamiento y admirablemente impasibles.

Vivían en perfecta paz, porque en aquel paraje no había otros seres que pájaros. Y el más ofensivo de los pájaros es siempre menos ofensivo que el menos ofensivo de los hombres.

En las limpidas noches de verano, cuando en vaporoso carro de nubes color de oro pálido, pasaba por el éter Diana, ¡cómo a nuestras miradas parecía aquel sitio de diáfana ventura uno de aquellos bosques primitivos que habitaran las driadas! ¡Cómo a nuestros ojos parecía la sacra mansión de uno de aquellos caprichosos padres de las helénicas teogonías!

¡Mas ocurrió que una tarde los hombres fijaron la mirada en aquel paraje y hacia él dirigieron la planta. Llegaron y comenzaron obra de destrucción para después emprender obra de construcción. Querían tronchar plantas, para erigir luego, en la tierra desnuda, palacios; no de pórfido, ni de oro, sino de prosaicas y deslucidas piedras de la playa.

Pero querían levantar palacios.

Y a machetazos derribaban árboles. A mache-

tazos les desgarraban las vestiduras de verde y limpio terciopelo. La civilización así lo quería.

Y cuando esa noble señora quiere algo, ¿cómo negársele?

Fuertes hombres de color de bronce—gentes de Coclé y de Los Santos—blandían el machete contra los árboles tenazmente Y era que otras gentes—los señores de las clases directoras—querían levantar, sobre la tierra desnuda, alcázares de piedras de la playa.

En rama de orgulloso caimito, un pájaro presenciaba la extinción del arbolado. Poco antes de que rudos brazos de peón descargaran el golpe fatal en el tronco del árbol que le albergaba, el pájaro desató las melodías que aprisionaba en su garganta y dijo:

«No tronches aún el árbol! Aún no es el tiempo de tronchar el árbol! Quién sabe si de él tus compañeros harán mañana la siniestra caja que ha de ocultar mañana tu cadáver! ¡Quién sabe si al troncharlo crepitarán tus huesos con seco ritmo lúgubre! Deja que nuestro cuerpo todo alas cante sobre la rama toda hojas, engalanada de lozanos frutos! ¡Deja que nuestra voz, desde la cima del caimito gallardo glorifique el nacimiento de la casta aurora y la dulce tristeza de la Tarde. Aún no es el tiempo de cortar el árbol! Detén el golpe de tu brazo. Piensa que desfallece víctima del hierro el que con hierro matador víctima».

Más el rudo peón no entendía.

Y al llegar la última hora del caimito desde cuya cima cantaba admoniciones el sabio pájaro, el hombre descargó brusco golpe en el árbol! El machetazo abrió ancha herida . . .

Y el hombre continuó su labor. Macheteaba . . . macheteaba macheteaba. . . .

Y al asestar el último golpe al doloroso organismo vegetal, sintió,—¡qué terrible sorpresa!—que golpe semejante al que descargaba él, descargaba alguien en su débil tronco de jornalero hambriento. El brazo de uno de sus compañeros de labor, que trabajaba a dos pasos de él con excitación intensísima desarrollada por el ron y por el calor del día—no menos sofocante será el calor del infierno—se desvió, al intentar herir una palma, en dirección al cuerpo del sin ventura.

Y el sin ventura vino a tierra casi totalmente dividido en dos partes iguales . . . El pájaro voló, mudo de asombro

ESCULTURAS



GUILLERMO ANDREVE

Se me acercó la musa del Entusiasmo, y me dijo: «Canta a los vivos! Cansada estoy de oír tus elegías a los que se fueron más allá de las sombras terrestres.

Hoy que una primavera lozana y coqueta sacude su manto orlado de rosas en nuestro siempre fecundos y mal cuidados jardines; hoy, que hay más pájaros en los nidos, más verdor y tersura en las hojas, más intenso color y más penetrante fragancia en los pétalos, y más notas en el aire, y más música en el arroyuelo, y más agua en la fuente y más fertilidad en la tierra, canta!

Canta el empuje, la perseverancia, la militar energía de aquellos mancebos que nos precedieron en nuestras labores de cultura en los huertos de la Belleza, aquí en esta bulliciosa Corinto del siglo XX!

Canta cómo les picaba y alegraba la tórrida inclemencia del Sol; cómo eran de indiferentes al zumbido de las murmuraciones—insectos grávidos de veneno—, muy dados a rondar en torno de quienes andan entre jardines, fija la mirada en la azulada lejanía de los cielos y de las montañas. ¡Canta!»

Despareció la musa. Y me quedé pensando en los cruzados que nos precedieron en la jornada, muy pocos de los cuales han llegado a la Gloria, a esa Bizancio por que tantos luchan y a dónde sólo algunos llegan.

Recordé entonces que, hace muy pocos días, en pavimentada esquina de estrecho parque de nuestra villa, tuve el hondo regocijo intelectual de conocer a uno de aquellos cruzados, a Guillermo Andreve, de quien sabía que ya era afortunado poseedor de minas y castillos en los reinos del Arte y la Fama.

Bajo el níveo sombrero de jipijapa, de entre pulquérrimas vestiduras blancas, emergía su risueña y obesa figura de señor satisfecho. Geométrico, por la correcta impecabilidad de la forma de sus vestidos; flexible y sonoro en su diálctica, este hombre de letras y de política sabe

erguirse sobre el pedestal de sus méritos con toda la confianza del que se siente soberanamente seguro en sus dominios espirituales.

Cuando--hace ya casi un lustro--se gozaba en asistir a las fiestas de la Intelectualidad del Continente, solía brindarnos el rico vino de sus ideas en los pulimentados vasos corintios de sus prosas, buen conocedor de los bellos consejos del inmortal burilador de *Esmaltes y Camafeos*, en quien era frecuente decir: «esculpe, cincela, lima, desdeña el ritmo gastado, que es como zapato enorme que a cualquier pie se adapta»

Parco en adjetivos inútiles que tanto desdican de la potencialidad encefálica del escritor; original en la concepción y en la enunciación de las ideas; colorista hábil que sabe emplear, con admirable acierto pictórico, todos los colores, sus cuadros hablan; hablan porque son pedazos de vida, en que palpitan todas las emociones de que es susceptible la naturaleza humana.

A veces, cuando la sangre joven le ardía con más inquietud, en la tibia noche estival, empuñaba el dorado laúd y al pié del balcón enguirnaldado de enredadera, tras cuyos claros podía entreverse la semiabierta ventana donde albeaba el rostro de pálida hermosa, tañía las cuerdas del sonoro instrumento y al son de ellos rimaba amores.

Con todo, no es un poeta. Esmerado artifice del verso que sabe forjar acerados sonetos como

Bronces Viejos; originales sonetos como *Melodías Sentimentales*; rítmicas estancias con rumor de seguidillas, como *El Punto*.

A sus versos gallardos, concisos y resonantes, prefiero sus prosas cálidas, nerviosas y multicolores. Conste que esto no es juicio sino una manifestación de mi sinceridad y de mi gusto. Que no cometeré yo el sacrilegio de juzgar la labor de quien por múltiples conceptos es contado ya en el número de los consagrados.

Cuentan que algunas hadas, emisarias de Mercurio y Marte, le decían: «Oye, vigoroso doncel que a la luz de la luna te distraes en tañer las cuerdas del laúd inútil: deja la dulce vida de trovador noctámbulo y ven a nosotras; están para ti abiertas las salas de nuestros marmóreos alcázares; en nuestros amplios salones apuraremos contigo licores más exquisitos que los que en íntimas cenas te brinda Apolo; en nuestros jardines viven las plantas con más lozanía que en cualquier otro sitio de flores; ven a nosotras; ven con nosotras.

Mullido lecho de raso daremos a tu cansancio; con fragante óleo impregnado de olor de jazmín ungiremos tus sienes febriles y ardientes por el hervor de tus luchas. Ven a nosotras; ven con nosotras! Apolo premiará tus esfuerzos ciñendo a tu frente corona de espinas exornada de rosas; corona de espinas, que hará manar sangre, mucha sangre de tu frente enardecida. Apolo ceñi-

rá tu busto con negro manto de inquietudes e ingratitudes que acabarán por angustiarte demasiado. Engañándote y burlándote, te hará creer palacios los hospitales y princesas las maritornes, tal como acontecía al celeberrimo Alonso Quijano el Bueno.

Y a la postre, cuando pienses reposar largamente a la sombra de verde laurel, te unirá en peligroso y doloroso connubio con una virgen histórica de saltones ojos brillantes: La Locura.

No así premiaremos tu afán nosotras. Siguenos! Don Dinero, con argentino frac y doradas botas te espera en el pórtico de uno de nuestros palacios; ágiles gnomos constelarán de gemas tu camino y saldrá a encontrarte, para elegirte su amado, una inquieta moza a quien llaman Prosperidad. Siguenos!

Piruetearán bufones en tu presencia y no faltará deidad que ubique en tus manos algún día un cetro»

El obeso cantor escuchó. Pensó. Y recordó que todo laurel simboliza martirio; que nada hay tan desconsolador para un artista como cantar en reducido proscenio ante reducido auditorio; comprendió que es mejor ser poderoso que glorioso y, en impetuoso arranque de entusiasmo, se fué al Olimpo con las incitantes mensajeras de los dioses, maravilladas ante la inmaculada albura del sombrero de jipijapa y de las pulquérrimas vestiduras blancas.

Se fué al Olimpo y allí, entre los dioses, su personalidad se destaca luminosa como en medio de radiante constelación una grande estrella.





DARIO HERRERA

No voy a tallar en el mármol de dura prosa la alta figura intelectual del compatriota recién caído. Para ello es menester la inspiración y destreza de escultor genialísimo. Además, tan fresco está aún el llanto derramado en la tumba del egregio estilista; tan penetrantes vibran todavía los dobles de los bronce que tocaron a su muerte, que me parece prematuro para la memoria del poeta cualquier acto de apoteosis verdaderamente significativa. Hay tantas mezquindades que empañan nuestra visión cuando queremos juzgar a nuestros contemporáneos...

Años de opresión y de barbarie, desde nues-

tra emancipación de la metrópoli española hasta 1904, debilitaron el alma de los istmeños, anulando las energías viriles y la altivez romántica que heredara de sus progenitores. Consecuencia de esa opresión y de esa barbarie fué la indiferencia con que vimos siempre nuestras instituciones; de esa opresión y de esa barbarie surgió el egoísmo que nos envilece y el servilismo que nos degrada y, surgió, también, ese desprecio profundo que nos inspiran nuestras cosas y nuestros hombres, lo que equivale a despreciarnos a nosotros mismos.

Aceptamos de buen grado todo lo de fuera, con menoscabo de nuestros intereses; a la jugosa piña de Taboga y al nutritivo frijol chiricano preferimos la tierna manzana de California y la blanda pasa de Málaga.

A cualquier señorito elegante venido de lejanas tierras europeas o anglo-americanas se le admira con sorpresa y se le agasaja con atenciones de que jamás haya gozado en el valle nativo. Alguno de esos figurillas reciben granjerías de muchos altos políticos y de encumbrados personajes del Comercio y, a pesar de todo eso, no desperdician ocasión de ridiculizar nuestra nacionalidad y nuestras costumbres.

Y cuando se trata de algún panameño que en cualquiera de los campos de la actividad humana demuestra poseer aptitudes, qué desprecio; qué mohines de desagrado; cuántos prejuicios

torpes e ilógicos; cuántas envidias mal disimuladas; cuántos sarcasmos groseros; cuánta injusticia. Seres obtusos profieren repugnantes vocablos acerca del sujeto meritorio; taberneros enriquecidos emiten *sesuda* opinión relacionada con la obra del infeliz que por cierta ley natural ha nacido trayendo un poco de más sustancia en el encéfalo.

Es uno de los aspectos del patriotismo en decadencia, cuando no la franca manifestación de la vulgaridad y la imbecilidad personificadas en tan prosaicos ejemplares de hombres.

Todas estas consideraciones me las sugirió la gélida tranquilidad con que se recibió aquí la noticia de la muerte de Dario Herrera, acaecida en Valparaíso en las postrimerías del mes de Junio de 1914.

Quizá el fallecimiento de algún clown célebre o de alguno de esos enanos que piruetean delante de las muchedumbres en los circos, habría despertado interés entre nosotros; habría hecho brotar lágrimas de los ojos de las virgenes sentimentales que sollozan cuando leen versos de Grillo, y habría arrancado frases de dolor, de los labios de nuestros más enérgicos oradores rurales.

Hombres de quien podría decirse que nació dotado de refinado buen gusto; temperamento enamorado de la Belleza en todos sus detalles, Da-

rio Herrera pulió, con paciencia de religioso, acabadas joyas que ornán lujosamente las sienes de la musa de América.

Preocupado por la limpidez y sonoridad de la frase; inquietado por ese afán de depurar su arte de toda partícula de materia impura, como un celoso químico de la Literatura extraña de su obra lo que él consideraba nocivo y acre: ya el término áspero, rudo y malsonoro, digno tan solo de vibrar en bocas de jayanes; ya el giro defectuoso, inaceptable para quienes sueñan con mejoramientos y renovaciones constantes en el idioma.

Como José María de Heredia, el francés-cubano que empleaba años en pulir y repulir un soneto, Herrera reconcentraba su talento de hombre y su inspiración de poeta en la vestidura de una estrofa; creía que ésta era como doncella triste y hermosa que oculta la pena interior que le acongoja, bajo el esplendor de rico traje de seda recamado de pedrería.

Felices los que como Herrera comprenden el alto valor del estilo gallardo y limpio. Felices los que como él se preocupan por la inmaculada nitidez de la forma; por el rítmico ondular de las frases compuestas de vocablos dulces, gratos al oído cual músicas de cuerdas de plata, oídas en la alta noche. Felices los que como él, aprisionan el pensamiento en un verso lujoso, pulcro, transparente.

Huelga decir que para quienes piensan que concebir la idea y expresarla por medio de palabras gastadas constituyen las únicas dificultades en el arte de escribir, la lentitud en el pulimento, el léxico armonioso, la imagen atrevida, no son más que sandeces propias de gentes poco prácticas, indignas del siglo en que vivimos, inaptas para convertir en oro la grasa de los cerdos. Para tales enemigos de la estética del lenguaje, las personalidades salientes del mundo del arte de la palabra, son cual moléculas insignificantes de la gran masa universal apenas; ciudadanos inútiles, a quienes más valdría haber nacido huérfanos de especiales dones. No escasean politicastros que les consideran inferiores a tinterillos de barrio.

Todas las organizaciones dotadas de ciertas fuertes inclinaciones a determinado ramo de las ciencias o de las artes, desintegran, con habilidad y fuerza superhumanas, los valladares que opone la perversidad de los hombres y la perversidad del destino—más poderosa que la de éstos,—a su instintivo afán de ir muy lejos; consagran a su ideal todo el poder de sus nervios; todo el entusiasmo de sus años jóvenes y, cuando en la edad viril asquean del vinagre de la existencia, conservan no escaso aliento y yo no sé qué poderosa vitalidad para seguir laborando en la obra que emprendieron de niños. Podría decirse que ciegas fuerzas les empujan hacia lejanías desconocidas y que, siempre que quisieran desviarse de la

ruta por donde les conduce su sino de entidades superiores, hubiese un genio invisible que les obligara a seguir sin vacilaciones hacia el punto ignorado que les aguarda.

Dario Herrera fué una de estas organizaciones selectas.

En ambiente malsano y en tiempos caóticos, empuñó el bandolín de oro, le arrancó armonías originales, respondiendo así a los cantos con que deleitaban Gutiérrez Nájera en Méjico; Rubén Darío en Centro América; Julián del Casal y José Martí en las Antillas y Pedro B. Palacios (Almafuerte) en la República Argentina.

Un día el poeta advirtió que le era adverso todo lo que le circundaba; que en el cielo patrio los relámpagos trazaban caracteres siniestros; entonces el bardo emprendió taciturno la marcha. De Panamá al Ecuador; del Ecuador a Chile; de allí a la Argentina y de la Argentina a Europa, su planta de peregrino del arte supo de las espinas y de las flores de diversos caminos. Y en dondequiera, la palabra divina fluía de sus labios como del manantial la linfa clara.

Nació, de padre colombiano y madre panameña, en la ciudad de Panamá, en 1877. En aquellos días, según cuentan venerables labios de viejas, lo que hoy es capital de la república istme-

ña era casi una aldea. Las dos terceras partes del área ocupada ahora por la hermosa urbe, eran frecuentemente inundadas por las aguas del mar, las que, al retirarse, dejaban como recuerdos fatales de sus visitas, pantanos y marismas, de cuyo fondo ascendían impuros gérmenes que esparcían hálitos de muerte por los ámbitos de la entonces ingrata comarca.

Nulos o escasos los centros de educación; abatidos los caracteres; analfabeta el noventa por ciento de la población; en ambiente como ese el ángel de la Poesía era desconocido; apenas si se escuchó su vuelo casi imperceptible. En ambiente como ese jugó, creció, se desarrolló. Empezó corto viaje a Bogotá, cuna de su padre. Pronto volvió al suelo nativo.

En los días rosados de su juventud fué gentil y apuesto danzador en salones poblados de perfumadas ninfas y aplanchados sátiros. Es fuerza imaginarle hecho todo un don Juan, pues que era poeta y varonilmente bello.

Cuando abrió las puertas de oro de sus jardines de arte y dejó ver, a los ojos de la muchedumbre, la lozania de los rosales y la delicadeza de los lirios cultivados por sus manos de cultor entusiasta, zumbaron en torno suyo los insectos venenosos, los moscardones que se agitan alrededor de toda planta hermosa, martirizando el oído de diligentes cultivadores con el inacabable run run de las murmuraciones.

No faltaron sandios que, desconocedores de la belleza e incapacitados para ver lejos, pues que «carecen de imaginación»—para repetir frase hermosa de Oscar Wilde.—pretendieran hallar intenso perfume de inmoralidad en las corolas de aquellas flores todas llenas de la fragancia más deliciosa que puede aspirarse de plantas nutridas de agua de la fuente Castalia.

Enfermos, pálidos de ese mal que se llama Despecho, víctimas de ese otro mal que se llama Incomprensión, los seres ruines que saben del fango que fermenta en las simas de la Envidia, no pueden disimular la injustificada ira que en ellos engendra el esplendor de los ajenos tesoros. A veces fingen la mayor indiferencia por aquello que más les escuece; es entonces cuando ocultan el veneno en lo más recóndito de sus mal dotados organismos.

Por fortuna para la estirpe de los buenos, en los gestos de aquellos infelices no para mientes quien tiene firmemente arraigada la convicción de que ha nacido para ver siempre adelante. El hombre-luz; el hombre que dentro de sí construye el castillo de su propia felicidad, el que conscientemente vive de acuerdo con un sano *yo*, ese les ilumina, sin darse cuenta de ello, tal como el rayo de luna que, filtrándose por entre espeso ramaje en clara noche, alumbra la microscópica figura del amibo que se regocija con

vivir en infecto légamo de estanques o en impuras hojas de plantas acuáticas.

Canciones de vagas notas románticas fueron las primeras que moduló al son de áureo bandolín el trovador panameño. Era en los gratos días de juventud ardorosa, cuando le placía beber añejos vinos en bien labradas copas de oro nuevo.

Podemos advertir que de toda la obra de Dario Herrera las primeras canciones eran las más puras, desde el verdadero punto de vista poético; son las más impregnadas de la sutilísima esencia del sentimiento porque son las más tristes, las más profundas, las más graves y las más sinceras.

«No conozco—decía Edgar Poe—en la escala del Verso, nota más alta que la de la Melancolía».

Quizá el doliente poeta de Baltimore no habló jamás con tanta sinceridad como cuando expresó verdad tan irrefutable.

Quien sepa de la *via crucis* que recorrer le tocó al hondo bardo anglo-americano; quien sepa de los horrores de su vivir de tormento, combato siempre por las malas fuerzas de un destino cruelmente agresivo, podrá decir que esa exclamación es producto de un estado animico perennemente nublado por desconsoladoras impresiones, y que es inaceptable, sobre todo porque

entraña una afirmación que se acerca mucho a un dogma de arte.

Yo me atrevería a asegurar que ese pensamiento resume el credo artístico de todos los genuinos cantores de la Belleza.

Aún más: pienso que toda obra verdadera de arte, para infiltrar con intensidad su influencia en el humano espíritu, debe de ser dulcemente triste.

Debo haceros más demostrativa y explícita mi afirmación: Advertiréis que la música de las marchas bélicas, de esas que encienden el ánimo, los días de fiebre patriótica, hacen despertar en el corazón el sentimiento patrio anestesiado por el opio del indiferentismo; más podréis advertir, también, que el efecto de las marchas bélicas es fugaz como la luz de los fuegos artificiales.

No así ocurre con la música de raudo vals o de exquisita ópera, en las que el artista ha esparcido la esencia de sus sentimientos más profundos; esa es música deliciosamente melancólica, que sugiere delicadas emociones y se ahonda en el recuerdo, y restaña, a manera de ligero y eficaz bálsamo, las más viejas heridas del alma; música deliciosamente consoladora,—a despecho de sus notas de duelo,—música que con sutiles murmullos vibra largamente en nuestra imaginación y nos incita a realizar los más altos destinos que realizar pueden las humanas voluntades.

Por eso, los mayores poetas y músicos se han conmovido a la influencia de complejas sensaciones de pena, para conmover después a la Humanidad, con obras que son pedazos del alma inquieta del artista, ligeramente influida por el ambiente social en que se desarrolla.

Por eso, porque tienen música e ideas impregnadas del dolor que durante veinte siglos ha sacudido el organismo de la humanidad, influyen todavía en los más cultos espíritus contemporáneos las obras de Esproceda y Becquer; Shelley y Tenyson; Byron y Moore; Musset y Lamartine; Hugo y Baudelaire; Acuña y Heredia.

Y porque tienen aroma suavemente melancólico, como las primeras flores que se abrieran en el jardín de Herrera. Emanan de ella blandos hálitos de agradable tristeza; sus primeras canciones tienen yo no sé qué indefinible amargura que convida al recuerdo, a la meditación. Diríase que vibran como lánguida queja de campanas en el ambiente húmedo de un día de invierno, antes de comenzar la lluvia; diríase que son las notas gemidoras de un piano oídas en la calma silenciosa de la noche.

Luego, su jardín lírico sufrió muy notables alteraciones. Y en el sitio donde en lejanos días vimos crecer lozanas flores cuyos nectararios creaban miel de purísimo sentimiento, pudimos observar la producción de otras flores, tan lozanas y vistosas como las de antaño es verdad: pero menos

fragantes y mucho menos dulces. Sin aroma, sin néctar. Sólo tenían galas. Entonces, lo sacrificaba todo a la forma.

El sentimiento dejó de preocuparle. A tal punto subió su afán de depuración verbal, que no escasearon las ocasiones en que se hacía ininteligible su estilo, aún para los más perspicaces. El delicado cultivador puso en práctica extraños métodos para cultivar sus generosas plantas tropicales. Conste que lo hizo bien. Le sobraba talento.

El delicado cultivador se trocó en rectilíneo y grave sacerdote del culto parnasiano. El parnasianismo ha tenido muchos, pero muy pocos buenos sacerdotes en América. Su cultivo exige un gusto acrisoladísimo; una visión amplísima. La descripción exacta; la expresión del vocablo oportuno; la exclusión de toda idea vaga; la impecabilidad de las líneas que se quiere trazar, la esplendidez de la fraseología empleada en lenguaje poético aún no estropeado por las mayorías, todas esas especialidades que imprimen a la obra del arte parnasiano estructura inconfundible, no son para ejecutadas por cualquier sacristán de la literatura.

En América han sido aptos para celebrar los ritos de esa hermosa religión literaria Jacinto Gutiérrez Coll, venezolano; Manuel José Othon, de México; Leopoldo Díaz, argentino, y Dario Herrera, hijo del Istmo.

Esto no es dictámen, ni mucho menos. Es, apenas, un tosco bloque de mármol para tallar en él pulido busto.

«No tenemos costumbre de rendir tributo de admiración a vivos ni a muertos—decía Lord Macaulay en su estudio acerca de Milton.—pero hay caracteres que han logrado salir incólumes del exámen más prolijo y de las pruebas más grandes; que han salido puros del crisol y con el peso debido de la balanza; que llevan impreso en la frente el sello de Dios, Milton fué de estos hombres.»

Esas frases del ilustre pensador inglés son aplicables al digno compatriota nuestro que dedicó lo mejor de su vida y de sus energías al cultivo de las letras. Ninguno como él logró sacar tan limpias sus vestiduras, del fango de la política de estas revoltosas democracias. Para decir mejor, su única jamás salpicóse de las gotas del lodo que el viento de las inquietudes partidaristas levanta de aquel fango.

Tiempo es ya de que desechemos la incuria que nos postra, el egoísmo que nos rebaja, la vanidad que nos humilla.

Tiempo es ya de que apreciemos, en su justo valor, lo poco bueno que ha producido la tierra patria. Patria que no reconoce las buenas cualidades de los buenos seres que ha engendrado, no merece que sobre la frente de ella se refleje la gloria que ilumina las frentes de ellos.

Parece extraño que en otros lares la voz de Herrera haya sido escuchada con más placer y atención que en los suyos propios.

Hace ya muchos años, Jesucristo ha expresado la frase que me correspondiera enunciar al pie del párrafo anterior: *No hay profeta sin honra, sino en su tierra y en su casa.*



ADOLFO GARCIA

Vibrò el clarín de guerra en los confines del Istmo; hoscas nubes entenebrecieron el firmamento político de la Patria; y todos,—los de la cumbre y los del llano—, sintieron excitarse el coraje en ellos ingénito y, enarbolando banderas de odio, corrieron en compactas legiones a batirse, con ese quijotesco heroísmo; con ese alto y a veces errado concepto del honor ultrajado; con ese vehemente espíritu de batallar, con todas las pasiones casi irrefrenables, que adquirieran con la sangre del bisabuelo hispano, que a su vez las heredó de los impulsivos antecesores godos.

Y acudiendo a la voz de las cornetas, el barido de las exaltaciones impetuosas: el lírico en

quien parecían reconcentrarse el ardor de nuestros picantes mediodías, la tristeza de nuestros solemnes crepúsculos vespertinos; el blando gemir de las brisas de nuestras plácidas noches y el orgullo y la sonoridad de nuestros mares, partiò para el campo de fuego, alta la frente, erguido el pecho, tal vez llevando comprimida en los labios alguna protesta y tibio aún, en el corazón, el cadáver de la ilusión postrera.

Partiò, quizás creyendo que su mano, sòlo creada para pulsar laudes podría blandir, con eficacia para él y para sus ideales, el acero que hiciera florecer bellas rosas de sangre en las carnes de los enemigos.

Partiò, quizás hondamente desilusionado, como todo ser finamente heperestésico que nace en medio no adaptable a sus gustos, aspiraciones y caprichos.

Llegó al campo de fuego. Y llegó la hora del encuentro definitivo. El 24 de julio de 1900 los cañones de la Revolución clamaban, con sus mortales y dilatados rugidos, por que las tropas liberales penetrasen en la urbe consternada. Los ejércitos del Gobierno defendían la entrada a la ciudad, casi seguros de obtener triunfo sobre las huestes rebeldes, resguardados por trincheras que habían erigido, pocos días antes de la batalla.

Cesò el clamar de los cañones. Se orló el suelo de pùrpura de sangre humana, bien inútilmente vertida; incineráronse algunos cadáveres; se-

putáronse otros y—¡oh! maldita fatalidad de un sino perverso!—: de entre tanta miseria, de entre tanta ruina, de entre tanta barbarie, no se pudo recoger el cuerpo inerte del poeta. O le despedazó la ametralladora o era tal el estado de descomposición en que estaba, que no pudo identificársele

Cuando el pensamiento se detiene a reflexionar acerca de ciertas casualidades dolorosas que concurren en la existencia de algunos seres perennemente fustigados por el Azar; cuando advertimos la infelicidad y la relativa inutilidad de hechos ejecutados por muchas individualidades que por las buenas condiciones de su organización parecen ser dignas de venturanza; cuando recordamos a Scott, a Balzac, a Lamartine acribillados de deudas, trabajando como esclavos para satisfacer a sus acreedores; cuando recordamos a Zenea perseguido y fusilado; a Bécquer medio muerto de hambre y a Casal enfermo durante todos los días de su mísera vida, no podemos menos de creer, cual grave sacerdote caldeo, y siquiera por instantes, en influencias e ercidas por los planetas sobre la suerte de los humanos; no podemos menos de creer que sobre el destino de esos grandes mártires los astros no han obrado sino malignamente.

La historia de García, como la de tantos otros nobles seres nacidos de vientre de mujer, puede compendiarse en una página tan pequeña como la de un libro de oraciones:

Nació, sin que las Gracias asistieran a su nacimiento, nació, un día martes, 11 de Febrero de 1872, en la ciudad de Panamá, capital de la República y de la Provincia del mismo nombre, como dicen invariablemente los notarios.

Estudió primeras letras en la Escuela de Santa Ana,—célebre en los anales pedagógicos del Istmo—, donde el benemérito maestro Pacheco solía dar de palmetazos y de tirones de orejas a muchos que instruía con verdadero entusiasmo y vocación de institutor hábil. Palmetazos y tirones de orejas, crímenes son del Tiempo y no de Pacheco.

Nacida al calor de la buena voluntad de don Manuel José Hurtado, uno de los más desinteresados servidores del Istmo, aquella institución de enseñanza sufrió bastantes clausuras, originadas de las constantes revueltas políticas que anormalizaban el desarrollo de todas las empresas en esta bendita Castilla del Oro, cualquiera que fuese la índole de ellas.

Con todo, la Escuela de Santa Ana produjo bueno y bastante y puede enorgullecerse de haber dado hospedaje intelectual a muchos hombres que hoy son señores. Para hablar con justicia, hay que decir que, como toda escuela, también albergó seres que son hoy siervos de la gleba, y son llamados Don Nadie, Don Babieca, Don Badulaque, Don Groserote.

Escuela de Santa Ana! Cuando la conocí, chiquitín de 7 años, su local era un caserón anties-tético al cual daba entrada un cortón de madera

podrida, aún más antiestético. Ante el portón yacían dos o tres grandes piedras burdamente pulidas que hacían de sitiales para algunos estudiantes, cuya debilidad orgánica no les permitía esperar de piés, la llegada del maestro.

El patio del edificio, de barro duro y rojizo, lucía, a trechos, el puro verdor de lozanos yerbazales entre los que no escaseaban piedras y despojos de cosas.

Al Noroeste del patio, el esfuerzo de algún maestrescuela—cuyo nombre se sumará al de otros tantos grandes benefactores ignorados—, había destinado bastante limitada zona para sembrar bananos, maíz y frijoles, amén de ciertas plantas florales que duraron tanto como el recuerdo del buen hombre en la memoria de más de un ingrato alumno. Aquel era el único sitio pintoresco del patio, y a la hora del recreo, era de verse el constante girar de tantas cabecitas,—quién sabe cuántas de ellas se mezclaron ya con la tierra!—en torno de los hermosos racimos de *patriotas* o en torno de los rosales floridos, de los que salió muchas veces la rosa que decoró el núbil seno de la inocente idólatrada.

Adrede me he detenido, dedicando ese ligero recuerdo a la Escuela de Santa Ana, porque al hablar de ella hablo de mi infancia. Respiro otra vez el penetrante olor de aquella siempre fresca yerba; oigo otra vez las campanadas vibrantes que en la torrecilla del edificio anunciaban el rá-

pido suceder de las horas: *vulnerat onmes, última neccat*; me parece correr de nuevo por el dilatado patio; me parece escuchar de nuevo aquellas sonoras y francas voces—impregnadas de suave amistad que es casi fraternidad—con que sólo saben hablar los colegiales; me parece que vuelvo a ver caras amigas.

Quedáos, visiones hermosas de un ayer feliz! Dejad de vosotras un ligero recuerdo en la memoria y dejadme seguir hablando del poeta.

También cursó estudios en el *Colegio Balboa*. Supongo que durante muy corto tiempo.

Luego, la Vida le dió empujones bruscos; la Vida se le mostró hostil y en el joven organismo clavó dientes afilados de harpía; le obligó a ser salvaguardia de uno de los andenes establecidos en el puerto por la Compañía del Ferrocarril de Panamá; allí, en aquel muelle sordido, donde grandes bultos de mercaderías se estratificaban en gruesas, repulsivas y mal olientes capas, rodeadas de aparatos groseramente prosaicos, nuestro amable *watchman* departía de arte con amigos y compañeros.

Pero aún ejerciendo cargo tan poco compatible con sus aspiraciones e ideas, Adolfo no dejaba de pulir las joyas de su poesía. La mala suerte no le amedrentaba.

Y como si aquellas manos se cansaran de pulir las piedras preciosas de sus versos; y como si aquellos ojos se cansaran de contemplar las frisa-

ciones de la Poesía, el malaventurado muchacho acudió a un taller de joyero y en él fué orifice y en él forjó ricos zarcillos que colgaran de las orejas de las doncellas; gargantillas con incrustaciones de perlas, que aprisionaran blandamente el moreno cuello de las hurles de nuestra patria; alfileres de pedrería que se prendieran a los corpiños de nuestras damas e imitaran en ellos el cintilar de los astros de nuestro cielo.

De suave temperamento melancólico; meditabundo las más de las veces; impetuoso y exaltado de tarde en tarde, nadie en nuestro país, después de Tomás Martín Feuillet, ha reflejado en versos con tanto vigor y colorido sus propios recuerdos, sus propios dolores, sus propios ímpetus.

Su musa se llama Congoja y las armonías de su bandolín hacen verter lágrimas. En sus músicas salta a veces la soberbia nota de la indignación: es cuando canta los horrores de sus miserias; es cuando siente sobre sí el peso funesto de las injusticias sociales, tan inclementes como las del destino; es cuando advierte que los puñales de los siete pecados capitales le percuten inmisericordes.

Dadme esos poetas que ponen sangre y lágrimas en sus estrofas; que cantan la vida, ebrios de sinceridad, llena de vinagre, de veneno y de mieles:

Como su mal me aflije,
al verla pensativa,
con la emoción más viva
hacia ella me acerqué y así la dije: •

¿Qué tienes, madre mía?
¿Porqué te encuentro pensativa y mustia?
¿Qué tormento te asiste?....
No me ocultes la causa de tu angustia!
Tu frente está sombría
y has llorado también....¿Porqué estás triste?
Cuéntame tu dolor; muéstrame, madre,
la mano que te ha herido:
tú no debes sufrir; yo fui nacido
para ti y para mí. Me siento fuerte
para arrostrar la pena de lo inmundo;
yo perdono el insulto de mi suerte,
mas no tolero que te ofenda el mundo!
¡Vamos, mi dulce anciana!
No me hagas llorar; dime qué tienes.....
ya a reclinar no vienes
sobre mi pecho tu cabeza cana;
tú, la que fe me inspiras,
no me acaricias ya; ya no me miras;
tú, la fiel, tú la buena
también te empeñas en volcar la roca
que a la inclemencia mundanal resiste;
tú también me señalas con el dedo
el orco de la pena!....

Yo, que del Mal me río, estoy ya triste!
Yo que burlé al Dolor, ya tengo miedo!
Y sollozando respondió: «Hijo mío,
no encuentro aliento que a tus ansias cuadre;
por eso me hallas pensativa y mustia;
por eso, ya no río....
sufro porque soy madre;
tu tormento es la causa de mi angustia!»

¡Oh pasión no fingida!
¡Cómo a su cuello me abracé temblando!
En su rugosa faz estampé un beso
y repliqué después, tartamudeando:
Más no te inquietes, madre,

porque sin tregua el Mundo
me azota furibundo,
como azotara el huracán al roble;
porque mis sueños de grandeza insulta
con su lengua mordaz la plebe estulta;
porque soy confundido con lo innoble,
mientras que todo en mí, sin mancha esplende....

No llores, madre mía!

La Sociedad impía
porque me ve mendigo, no me entiende....
Mas....qué me importa su brutal desprecio?
El Mal aquí en la Tierra
es el monstruo de Edipo
y yo sé responder a sus enigmas;
yo con la burla su furor disipo!
Así la dije: y de alegría beodo
pensé en el porvenir....¡Oh! dicha extraña,
aún tengo un corazón que no es de lodo
y una madre infeliz que me acompaña!....

En cada nota que hace vibrar palpitan sus propios nervios; en cada queja suya parecen vibrar latidos de su propio corazón!

Inclinad el oído, escuchad estas músicas y, luego, decidme si ellas no os arrancan siquiera una sólo emoción intensa:

¿Y en dónde están mis lágrimas?....Espera....
Sí, ya recuerdo que los dos un día,
bajo espléndido sol de Primavera,
de nuestro amor hicimos una orgía.

De los deleites el manjar divino
saborearon tus labios y mi alma;
y a los postres—¿Te acuerdas?—faltó vino
y yo puse mis lágrimas.

Bebimos y bebimos....¡Ay! quién sabe
hasta cuándo los dos bebimos juntos;
lo cierto es que después de sueño grave,
nos despertamos....pero ya difuntos!

Ahora, oid estas coplas que parecen purísimas
malagueñas:

Más que los vinos y el oro
me gustan para el placer,
las íntimas confidencias
que se hacen una guitarra
y un corazón de mujer.

Cuando yo muera, si acaso
muriera antes que tu amor,
diseca, niña, este pecho,
y ya tendrás la guitarra
en que cantar tu dolor.

Parecen canciones de Andalucía. Aún más la
que oiréis en seguida:

Extraño, calenturiento,
penetré hasta su aposento,
disfrazado de ladrón.

La bella infame dormía
y, cobarde en su traición,
la blanca mano tenía
puesta sobre el corazón.

Así la vieron mis ojos
y rugieron mis enojos
y la conciencia perdí.

En lo más hondo del pecho
el corvo puñal le hundi
y «mira el mal que te has hecho»
me dijo—tierna—la huri.

Después con el pensamiento
he tornado al aposento
donde me entré de ladrón.

Mas ¡ay! de mí... quien dormía
no era—; oh qué torpe ilusión!—
sino una vieja alegría
de este viejo corazón.

No he citado los versos anteriores sino para dar una ligera idea de la vehemencia de sentimientos de García. La forma de las estrofas es vulgarmente sencilla, como puede advertir el más lego en letras; esa composición pertenecía a una serie que nuestro bardo tituló *Populares*, muy de acuerdo con la esencia de ellas.

Otro era el género poético en que descollaba García y en el cual hubiera podido crearse un nombre universal, si el que todo lo puede no le hubiese destinado a desaparecer de entre los vivos en maldita batalla que sólo sirvió para que las puertas de infelices hogares se orlaran de crespones y para que los hijos de este pedazo de tierra ejercitaran el carácter en proezas dignas de la epopeya.

Quizás presentía la suerte que le esperaba, cuando escribió estas estrofas impregnadas de cierto desconsolador fatalismo:

Huracánico soplo me levanta;
el mal me empuja y el abismo se abre;
soy la negra visión que se desliza
y de intenso clamor llena los aires.

Las sombras a mi paso se agigantan:
algo extraño me sigue o me precede;
dentro de mí palpan los lamentos
de un ser triste que canta y que se muere;

Que adónde pararé?...La selva cruje;
la noche empieza y el camino es largo:
y de aquí para allá, sin rumbo fijo,
marcho arrastrado por los vientos malos.

Al escuchar las dolorosas melodías no os acordáis de entristecedoras cántigas de Bécquer? No os viene al oído o a la memoria la blanda y honda música de aquella rima que termina desconsoladoramente:

¿A dónde voy? El más sombrío y triste
de los páramos cruza,
valle de eternas nieves y de eternas
melancólicas brumas.
En donde esté una piedra solitaria
sin inscripción alguna,
donde habite el olvido,
allí estará mi tumba.

Y tal vez fué Bécquer el poeta favorito de García. Hábitos del espíritu delicado del sevillano parecen flotar en la obra del panameño.

No quiero terminar estas frases, sin despedirme del bardo con las mismas palabras pronunciadas por él ante el cadáver de Adriano Velasco, un desdichado trovero muerto en flor: «Poeta! Cuánto amaste en la tierra, y sin embargo, tu tumba será de las más tristes; sobre ella acaso no se abrirán las rosas del Cariño ni las inmortales del Recuerdo».



DELMIRA AGUSTINI

Quizá no peque de exagerado al afirmar que—durante los últimos años—el amable elemento femenino ha carecido de genuina representación poética en Sur América. No quiere decir esto que entre nuestras hermanas de las tierras australes no haya sobresalido una que otra poetisa de mérito, sino que ninguna ha logrado abrir, y menos fecundizar, en el campo siempre dilatado del Buen Decir, surco en el cual hacer fructificar la simiente de un arte personal, inconfundible, tan inconfundible y personal, que parezca así como cualidad inherente a la psiquis del sujeto; que sea verdadera emanación del alma del artista, así como el aroma lo es de la fragante esencia.

Mas por sobre la sombra de pesimismo y desaliento que oscurece la expresi3n anterior, triunfa, con todo el esplendor de su genio incomprendido, muy digno por cierto de los d1as cl1sicos de la Grecia de Pericles, la altiva y compleja uruguaya Delmira Agustini, doblemente ungida de gloria y de martirio; ungida de gloria por las rientes moradoras del nunca bastante renombrado Parnaso, y ungida de martirio por el mismo que en risue1a noche de bodas, murmur4ndole tal vez el m1s tierno epitalamio, ci1nérale nupcial corona a las sienes.

Nunca brot3 de alma de mujer suramericana tanta m1sica, ni m1sica tan sencilla y tan honrada, como la que juega en los versos de esta oriental divina. Ideas de mujer hechas m1sica. Ideas que, a m1s de sutiles, profundas y art1sticas, ostentan el m3rito superior en el Arte: la Sinceridad.

En estas horas fatales para la Verdad, cuando todos o casi todos ansian velar el trunco brazo de la estatua de Milo con la ra1da t1nica de la Hipocresia; en estas horas en que la franqueza es crimen, impudor la naturalidad; y, la dignidad, rebeld1a; en estas horas en que la mujer americana a1un no ha podido extraer—de la dura concha de preocupaciones y aberraciones antiqu1simas—las perlas de sus m1s puros sentimientos; en estas horas, repito, una mujer que entona canciones tan francas como las de la

Agustini, será considerada como una desequilibrada, cuyos fatales óvulos serán gérmenes de entes raquíticos, de futuros soldados del numeroso y débil ejército de enfermos incurables que recorren todas las urbes de la tierra, como pacientes reclusos en un vasto hospital, mascullando blasfemias contra Dios y contra la sociedad que les expulsa de su seno inconscientemente, con la misma inconsciencia de la ola que arroja cantos rodados a la estéril playa.

Se la juzgará peligrosa para la especie, desde el punto de vista de la perpetuación de la fauna humana, porque en el vientre de casi toda mujer de superior cultura—según la afirmación de algunos incansables pensadores—medran células de seres que nacerán con todos los síntomas del dolor, manifestado en fulminantes enfermedades.

Mas júzguesela desde el punto de vista de la superioridad artística, y nadie dejará de reconocer, entonces, que esa mujer ha sido receptáculo—por así expresarlo,—de todo el talento, de toda la energía, de todo el buen gusto que concrecionaron sus antecesores, y que ese tríplice tesoro constituye el alma de su personalidad.

Renovadora de la poesía netamente femenina de Sur América, sin anarquizar el gusto, sin rebelarse groseramente contra cánones preestablecidos en los códigos del arte de la palabra, esta mujer hondamente sentimental expresaba en dulcísimas vo-

ces, ideas de mujer, con la ternura y delicadeza de un exquisito varón enamorado.

Parece esto paradoja, verdad?

Otras mujeres han cantado el amor con excesiva *mujerilidad*; esta uruguaya canta con energía viril; y cuenta que es muy mujer en sus expresiones una mujer intensamente enamorada que no comete la tontería de ruborizarse al manifestar a Eros el deseo que experimenta de que le acerque el dulce amado, el mancebo que ha de venir de un país lejano a murmurarle al oído la más blanda rima de pasión que fluya de labios de hombre; una mujer que se regocija del primer instante de felicidad erótica y lo canta con la ingenua malicia de aquella morena de Sulem inmortalizada en el siempre joven cantar salomónico.....

En los tiempos del Sabio Rey, habría sido reina del harem del hijo de David; en Lesbos, Safo la habría querido como una hermana u odiado como una rival temible; en la Florencia de los hermosos días del Renacimiento, Lorenzo la habría sentado a su mesa, para escuchar—tras ligeros intervalos en que pudiese el falerno humedecer las bocas—la voz de la musical invitada. Musical, por su leve nombre italiano, lleno de vocales agudas que se escapan de los labios como un delicado pájaro que—cantando alegremente,—se escapa del nido; nombre que, por sus muchas íes, parece vibrar con sonoridades de mandolina; mu-

sical, por sus estancias todas ritmo y corazón, que perecen hechas con los latidos de un corazón palpitante de voluptuosidad inocente.

Y con todo y ser musical y genial y espiritual, cayó herida por un rayo del Júpiter que la amaba y en quien se reconcentraron en mala hora todas las iras de un dios de infierno.

Queda para los psicólogos la tarea de inquirir el motivo doloroso que inició la tragedia en que la hermosa heroína cayó teñida en la púrpura de su propia sangre. Si algo hay que aun no merece respeto en esta época en que nada se respeta; si algo hay que debe ser impenetrable a los venenosos dientes de suspicaces chismes, ese algo es la vida de dos seres unidos por el amor bajo el techo de un hogar cualquiera.

Cada vez que se realiza uno de esos dramas en que los protagonistas son un Otelo y una Desdémona, nacidos en cualquier parte, el Vulgo, ese monstruo insaciable que se place en devorar el honor de la Humanidad, cual se placen las fieras en devorar carne viva, desata sus cien mil lenguas para lanzar a los cuatro vientos de la Difamación sus gritos desenfrenados—hijos casi siempre de la imaginación exaltada y envenenada de perversidad, nunca frutos de un bien empleado y detenido análisis.

Simultáneamente víctima y victimario son acusados de infamia, en alguno de los órdenes de

la corrupción humana, sin parar mientes en la estructura moral e intelectual de los actores de la funesta escena; sin detenerse a considerar que —en los más de los casos— por una ley biológica dolorosa, ciertas anormalidades no son más que movimientos de ciegas fuerzas ancestrales que presiden, casi absolutamente, la voluntad de quienes las encierran.

Arranquemos la ortiga que reverdezca en la tumba de la desgraciada uruguaya, y en esa tumba, humedecida aún por el llanto de las musas de América, plantemos el rosal de nuestra simpatía, ya que es digna de simpatía toda alma grande que cae tronchada por una ráfaga de infortunio.

TRAZOS



EL CULTO DEL IDIOMA

Así como algunos caballeros de blasonado linaje se esfuerzan por conservar el brillo y decoro de su estirpe; las armaduras, los trofeos y los escritos de antecesores perilustres, así también nosotros, los que apenas si ostentamos como título haber recibido del seno de nuestras madres,—junto con la dulzura del fresco lácteo jugo,—la dulzura de la lengua de España, esforcémonos por que no se nos despoje de tan preciosa herencia.

¡Honremos el idioma patrio! ¡Demostremos orgullo en conservar la lengua vernácula! No perdamos nunca, ¡oh queridos hermanos en el habla! aquel sonoro verbo con que expresamos

nuestros primeros deseos, nuestros primeros odios; nuestros primeros amores.

Honremos el idioma patrio! Honremos la lengua de Castilla! Con ella cantaban las impetuosas huestes castellanas los himnos bélicos a cuyas notas temblaban en sus corceles los jinetes de Arabia, la feliz y heroica!

Con ella relató el célebre manco de nariz aguilena la historia del más acabado personaje a que diera vida la imaginación de un hombre! Con ella se ha creado una de las más hermosas literaturas de que vanagloriarse pueda el genio latino!

Tengamos el culto del idioma como tenemos el culto de la bandera! La lengua madre merece más veneración que los colores que simbolizan la tierra patria.

Estos pueden ser alterados, o totalmente sustituidos por otros colores, siempre que ello le viniese en ganas a cualquiera de nuestras casi siempre inútiles asambleas legislativas.

Pero el idioma es irreemplazable mientras subsista un pueblo con su historia; con sus leyendas; con sus canciones de gesta; con sus hombres estrechados entre sí por lazos de origen comunes.

Mientras subsista un pueblo con su orgullo y con sus dolores, con todas las características que

constituyen el alma de una bien organizada agrupación humana, subsistirá su idioma; es decir, no perecerá su alma.

El heterogéneo Imperio Austro-Húngaro, poblado de tribus que hablan veintitantos dialectos, está, como nación, peor, mucho peor constituida que nuestra hermosa tierra castellano-americana, —donde a pesar de los idiotismos de algunos pueblos cargados de densa población india vibra un lenguaje único, desde Méjico hasta la Argentina, que se extiende con la misma uniformidad con que vibra una onda en la superficie de un lago.

Sin descuidar el aprendizaje de lenguas extranjeras, conservemos, por sobre todas las cosas, el amor de la lengua propia. Si nouviésemos otra gloria de qué envanecernos los hijos de América, la española, nos envaneceríamos, con justicia, de la gloria de nuestro sonoro lenguaje.

Quien voluntariamente renuncia a expresarse en su habla nativa, ya porque ésta le inspire desprecio, ya porque ésta le inspire antipatía o ambas cosas a un tiempo, demuestra muy al vivo que ha nacido para el vasallaje impuesto por extraños pueblos; que ha venido al mundo con una gran dosis de servilismo congenital; que el ambiente de la libertad le asfixia.

No escasean quienes suspiran por la cadena del siervo y abundan los que gozan del mayor de los

goces cuando les toca ser adulones de hombres o de pueblos. Forman en estas filas algunos suramericanos, y no pocos antillanos de procedencia hispana, que se pirran por norteamericanizarse y, en su afán de adular al pueblo de Roosevelt, prescinden descaradamente de su lengua madre y se ufanan de expresarse a menudo en incomprensible y tosco *patois* anglo-yankee.

¡Honremos el idioma! Es un deber que nos impone nuestra propia dignidad de hombres libres!

Hasta los salvajes tienen orgullo supremo en conservar su lengua materna.



UNA PLUMADA EN MEMORIA DE BOLIVAR

Vástago de inclina genealogía, rico de todos los dones, el 24 de Julio de 1783 nació en la ilustre villa de Caracas un hombre magno, uno de esos que surgen de entre la oscuridad de ominosos tiempos, como de oscuro cielo un rayo présago de vibrantes disturbios atmosféricos.

Llamábanle, de niño, Simón José Antonio de la Santísima Trinidad Bolívar. Luégo, cuando esgrimió un acero forjado por el mismo Hefaiostos: cuando del áspera boca lanzó vocablos que tronaban como descargas eléctricas; cuando—hábil centauro en corcel llanero—bebió mucho viento en las pampas venezolanas y en las llanuras gra-

nadinas; cuando, en fin, divino de heroísmo y de genio, alterò de manera definitiva la estructura del edificio de las instituciones americanas y erigió nuevas nacionalidades en el solar patrio, los labios de los hombres sólo emplearon la palabra Libertador para llamarle en todas partes.

Organismo el más complicado de cuantos nacidos en colombinas regiones, la personalidad de Bolívar es una acumulación de heterogéneas facultades que no por ser heterogéneas dejan de imprimir a su carácter un sello de homogeneidad bien definida.

Tan compleja es su personalidad, que no se la puede equivalorar con otra alguna. Desde el punto de vista de la potencia lumínica, los diamantes superiores no tienen iguales.

Ante los ojos de muchedumbres imperspicaces, la figura del héroe sólo aparece circuida del nimbo del guerrero. Para algunos, es el batallador audaz y el previsor estadista. Para otros, para los menos, Bolívar es, a más de constructor de naciones, insuperable constructor de frases. Su estilo es único, porque es único el carácter de que tal estilo nace. En la arquitectura de la lengua, Bolívar produjo un estilo nuevo.

Brotan de aquel alto cerebro, en desorden hermoso, enormes y sonoros pensamientos, como de empinada cumbre andina los ríos que parecen mares.

Jamás en boca de americano alguno resonó el vocablo con tan original sonoridad de bronce como en aquella boca de profeta heróico; oídle: «...*Pero como el hombre de bien y de valor debe ser indiferente a los choques de la mala suerte, yo me me hallo armado de constancia y veo con desdén los tiros que me vienen de la fortuna*» «*Sobre mi corazón no manda nadie sino mi conciencia*». «*Me parezco a un avaro rico que teme a cada instante que le roben su dinero.*»

Como el redoble de los tambores de sus ejércitos, su voz enardecía el corazón de sus férreos soldados.

Y construyendo frases, construyó naciones. En esto de construir naciones su labor fué como la del padre que erige el edificio para que allí convivan, en familia, sus descendientes y todos los hombres de buena voluntad que a ellos se arriemen.

Mas los hijos no corresponden al objetivo de la erección del edificio patrio. Parece que aún no comprendemos la grandeza de la idea que le dió origen. A despecho de todas las victorias, todavía la Esclavitud es llaga viva en algunos miembros del organismo de América.

Para los indios del Putumayo y para otros tantos seres humanos de las regiones surianas del continente sometidas al dominio de poderosas compañías británicas, la libertad sólo es nombre.

La palabra *libre* con que brillantes pensadores solían embellecer el nombre de América, es para ellos un sarcasmo.

A duras penas conservamos el edificio que nos legara el Padre. Menospreciando los tesoros que en él dejara, les hemos cambiado por baratijas, como el salvaje que trueca oro y piedras preciosas por alfileres y conchas que le ofrece el explotador civilizado. En los pueblos creados por Bolívar, hemos hecho de los gobiernos una casa de orgía. En tal casa, la labor mejor ejecutada ha sido el baile; los gobernantes siempre danzan ante el coro de ruines alabanzas, mientras los adulones, ebrios de servilismo, danzan grotescamente, hasta caer postrados a los piés del mandatario, pisoteando las rosas con que en feliz ayer orlaron las mesas del señor adorado.

Deshonramos la memoria del Padre de la Patria suramericana. Hemos hecho de la política nacional un barrio de gitanos. Pensamos y obramos de mala fe en los más de los casos, porque doloroso es decirlo, nuestra sinceridad pasó a mejor vida. Sólo tenemos habilidad para chismear. Ese es mal general aquí, como en Caracas, en Bogotá como en Lima, en La Paz como en Quito.

Quizá presintiendo nuestra pueril terquedad en vivir como imbéciles, exclamó Bolívar, al morir «*Creo que los dos majaderos más grandes de la Humanidad, hemos sido Don Quijote y yo.*»

Murió, sin camisa, sin cama propia en que caerse muerto, el 17 de Diciembre de 1830, en la Quinta de San Pedro Alejandrino, alrededores de Santamarta, a los 47 años 4 meses 23 días de edad, aquel hombre que parecía nacido de un vientre superhumano y que nació en Caracas, vástago de inclita genealogia, rico de todos los dones.



LETRAS DEL ISTMO

Uno de los más perceptibles defectos de gran mayoría de la generación literaria contemporánea en el Istmo, es la falta absoluta de la originalidad; del buen gusto; del sentido estético; de las exquisiteces y delicadezas inherentes a la personalidad del verdadero artista, cualidades estas que constituyen por sí solas el génesis de toda obra genuinamente bella.

Nuestros prosistas y poetas—entiéndase que me refiero a los más—parecen avergonzarse de pensar; de lucubrar; de gastar fósforo en indagaciones y comparaciones geniales; de sondear cuidadosamente en los mares de la propia inteligencia para extraer la perla-idea.

Algunos, faltos de vigor y de orgullo, se acobardan, languidecen, vacilan y, antes que esforzarse por cultivar—en lenta y paciente labor de floricultura intelectual—sus propios jardines, rebajan su dignidad espiritual de tal modo, que es frecuente verles cortar flores en los pensiles de sus vecinos. Otros,—y estos integran las nueve y media décima partes—desconocen que la literatura exige constantes renovaciones y que, además, conserva una juventud perenne y bella, a la manera de ciertas mujeres en quienes la vejez parece un imposible.

De consiguiente, no sorprende que en pleno año de 1914, cuando en todas las capitales cultas se ha generalizado el buen gusto; cuando hasta la más insignificante corista de teatro odia las sencilleces groseramente versificadas, no sorprende, repito, que nos hostiguen los vates de a diez centavos nocena, con sonetos y odas hueros, sin ninguna sinceridad, sin ninguna elegancia, sobre temas cantados ya por todos los hijos de Apolo desde el tenue clarear de las primeras edades.

Estos desterrados del Parnaso, son victimas de febriles sacudimientos de inspiración; escriben movidos por mero amor a la Caligrafía u obedecen a impulsos irresistibles de su yo; advertís en sus obras la concepción feliz, la inquietud nerviosa, la naturalidad, el ímpetu inspirado que se advierte en las creaciones de los que se fatigan y desesperan por dar a sus obras una estructura supe-

rior, de acuerdo con las exigencias de su quintaesenciado temperamento?

Sentirán esa divina sed de perfección, ese afán de depurar la frase, ese voluptuoso deseo de purificación que constituye la esencia psíquica del estilista?

De todos los labios fluyen las respuestas negativas.

El vocablo sonoro, la expresión armoniosa y límpida como cristal de perspicuo arroyuelo, el giro musical y altivo, el consonante delicado y escogido y oportuno, ese que acaricia el tímpano con un blando rumor de laúdes—; todos esos detalles desapercibidos por las almas burdas, parecen ignorados por las nueve y media décimas partes de quienes aquí se dicen artífices correctísimos del verbo.

Han dicho los doctores que el desarrollo literario de un país es la resultante de todas las fuerzas que la civilización aúna en su territorio.

En una tierra donde la barbarie predomina, el cultivo de la literatura es un hecho antinatural. A medida que un pueblo avanza, se depura, aristocratiza su pensamiento, perfecciona sus capacidades intelectuales al mismo tiempo que las multiplica. Es demás afirmar que los países que marchan a la vanguardia nos lo demuestran en todas las épocas.

Así como no pueden florecer jazmines y rosas en peñas estériles no pueden florecer ni Homeros, ni Dantes, ni Goethes, ni Byrons en el seno de tribus indomesticables.

Consideradas las cosas desde este punto de vista y, teniendo en cuenta que nuestro progreso material sorprende por lo acelerado de su desenvolvimiento, fuerza es reconocer que hemos retrocedido en el sendero literario. Aún poco antes de nuestra separación de Colombia, cuando la postración económica, intelectual y moral del Istmo de Panamá era signo peligrosísimo de la más espantosa decadencia, podíamos enorgullecernos de algunos hombres luminosos en cuyas almas el ideal tuvo cálido albergue.

Si bien sus nombres no forman hoy brillantes pléyades en el cielo de América, debido a la época y al para ellos inadecuado medio en que evolucionó su genio, satisficieron al menos, las aspiraciones de sus contemporáneos, encarnaron una verdadera representación artística en este pedazo de tierra tan favorecido por la naturaleza como menospreciado por las metrópolis de los diferentes países a que estuvo vinculado.

Era de aquellos varones Federico Escobar, intrépido cantor de héroes, que en sus últimos años sintió debilitarse lastimosamente su vena poética, causa que ha dado pábulo a la voracidad de muchos buitres de la maledicencia que

todavía se agrupan en torno de la tumba del bar-do, aleteando siniestramente, cual pensando impedir se posen en ella los melodiosos pájaros de la Gloria; Jerónimo Ossa, uno de los poetas de más fácil estro que haya nacido bajo el sol del Istmo, tan ingenioso y picante como un Baltasar de Alcázar; León A. Soto; alma refinada que parecía poseída de un bien marcadó afán de parnasianismo—como se puede advertir por sus versos, castigados, pulidos en una maravillosa labor de orfebrería, limpios, irisados como facetas de hermosos diamantes e impregnados todos de no sé qué languidez agradable, producto quizá de un período muy doloroso de la vida panameña, período aciago en que los nacidos aquí vivían en condición inferior a la del sudra de la India; Adolfo García, impetuoso, viril y sentimental como buen hijo del trópico. Sus estrofas, cálidas como labios de vírgenes ardientes, tienen animación, espontaneidad, y sobre todo, una extraña aroma de poesía, que deja, en quienes las leen, la sensación de haber aspirado un perfume acre, pero delicioso.

Desgraciadamente, la obra de estos enérgicos paladines del arte (enérgicos fueron, pues que les tocó laborar con tesón, en campo infecundo y en días malos) se ocultará—ya ha empezado a ocultarse—en las frías sombras de la indiferencia y del olvido, siempre que nuestro público, mal preparado para la interpretación y para la admiración de las concepciones de los atormenta-

dos del genio, mira con ojos de basilisco todo lo que no se relaciona con el audaz mercantilismo que en nuestros días amenaza estrangular, con dogal de oro, los más altos y nobles ideales que conmueven el pensamiento en estos siglos.

Debemos reafirmar que hemos retrocedido en el sendero literario.

Debemos reafirmar, a despecho de los conceptos optimistas de algunos pensadores de pacotilla bien intencionados, pero desconocedores del país y de sus hombres, la impotencia intelectual, la prematura decadencia de una generación por muchos conceptos valiosa.

Extraña y disgusta que un pedazo de tierra como el nuestro, donde Natura regó todas sus riquezas con prodigalidad de monarca de oriente; con bahías bellísimas salpicadas de fértiles islas; con valles idénicos abanicados por las más flexibles y lozanas palmeras que halagaran la vista del hombre; con montañas gallardas; con climas variadísimos; bello y ocundo pedazo de tierra donde los crepúsculos semejan lluvia de fantástica pedrería, adormido por la música eterna de gigantescos mares; extraña, digo, que una región en tales condiciones tan propicias al desarrollo del amor a lo bello, no cuente siquiera con una docena de hombres capaces de mantener en la torre del entusiasmo la bandera de la belleza.

Con todo, hay que inclinarse a creer que so-

bran artistas, pero artistas en bruto; aquí abundan los organismos distinguidos, aptos para experimentar las más complicadas sensaciones, pero inhábiles para expresarlas en el lenguaje del arte. Pero, dónde reside la causa de que muchos espíritus no ordinarios hayan descuidado sutilizar sus facultades? En la benévola pero perjudicial complacencia con que el público iliterato acoge lo sencillamente agradable; los versos ramplones tan de moda hoy, las prosas cursis desprovistas de todo artificio, sin ninguna sombra de estètica.

Quiera Dios dar me ores días para las letras patrias; que los que lucen en sus manos el cetro del talento; los que blasonan de príncipes de la Intellectualidad, caballeros condecorados por la Fama, centupliquen sus intenciones en pro de la cultura y, for en, para ceñir la frente de la República, una radiante corona de estrellas de gloria.

LIENZOS ANTIGUOS Y
MODERNOS



EDÉNICA

Desnudos, en la pulcra desnudez del más ingénuo pudor, bajo cargado peral se reclinaron en el césped aquellas dos puras bellezas humanas. Era uno de los días primeros. El Mundo estaba recién creado y exhalaba toda la frescura de su niñez. Con iris de perla blanca y luz de diamante esplendía el cielo....Era la hora de languidez en que se iba la Tarde....

Canciones y vuelos de pájaros turbaban la serenidad y el silencio. Y se oía la música del agua del río que fecundaba la tierra edénica, abriendo sus cuatro brazos de color de ópalo, como si con ellos quisiera juntar, en uno sólo, todos los jardines que florecían en los cuatro puntos cardinales del planeta....

Y sucedía que en aquel instante, Adán estaba triste. Echado en la yerba naciente, con la riza

cabellera negra en desorden bellissimo; apoyada la faz en la diestra; la mirada fija en el verde suelo del Paraíso, el primer hombre meditaba. Con la más fina tenuidad se humedecían sus pupilas. Mas su boca era inmóvil, inmóvil y muda como una montaña, en ese instante de meditaciones íntimas.

Frente al meditabundo, casta en su desnudez, regia en la opulencia de su rosada carne desnuda; blonda como la diadema que ciñe la frente de Artemisa en las noches más diáfanas; con las grandes pupilas de azul clavadas en el rostro del cuitado, hablaba nuestra madre, Varona, la primera ternura convertida en mujer; la primera sonrisa de Dios convertida en cuerpo terreno.

Apoyó la diestra en el hombro del hombre. Le miró fijamente a los ojos. Dijo:

—¿Qué te apena. Adán mío?—¿Por qué esas pupilas, cuyas miradas eran suaves como una sonrisa, miran con gravedad y tristeza? ¿Por qué se aflige tu rostro? ¿Por qué tan contraída esa mejilla que ahora no más parecía un fruto lozano de color de manzana madura? ¿No ves que me haces pensativa?

¡Mira qué dulcemente se va despidiendo la Tarde....Va caminando por un sendero de rosas y agita un pañuelo morado como las lilas que tiemblan a orillas del río. ¡Mira qué dulcemente se va despidiendo la Tarde!

Los luceros comienzan a asomar para vernos.... sólo para vernos!

Hoy aspiro más fragancias que ayer! Hoy siento más deseos de amarte, porque te hallo triste, muy triste!...Yo he nacido para ennoblecer con mi belleza la soledad de tu vida....¿Qué te falta, Adán mio?....

Tiempo hubo en que sobraron motivos para que entristecieras. Llegaban las noches, y las estrellas te veían solo, melancólicamente solo....

Llegaba la aurora en su barca de velas rosadas, y al verte solo, tan dolorosamente solo, palidecía de angustia y de compasión por tí: lloraba y sus lágrimas caían en el huerto y parecían transparentes piedrecitas blancas en cada flor y en cada hoja.

Mas aquellos días de soledad pasaron como la sombra. Para hacerte compañía he nacido.... Yo he nacido para ceñir mis manos a tus sienes cuando en tus horas de intensos pensamientos parece sentir la ruina de nuestra ventura. Cuando a dormir empiezas en tu lecho de flores, yo me regocijo hundiendo mis dedos en tu cabellera. Me place arrullarte con blandas músicas hasta verte profundamente dormido. Si, al caminar, tropiezas tu planta con algún pedruzco, mis labios acuden gozosos a besar tu carne herida y advierto que, entonces, mi beso te devuelve quietud y alegría. Ya no estás solo, Adán mío....Ya no estás sólo....¿Por qué entristeces?....

Y Adán permanecía callado. Y ya había desaparecido la Tarde. Y la música del agua del río sonó más penetrante en el silencio del comenzar de la noche. Y el jardín se ennegreció de oscuridad y el cielo brilló como enorme cortina azul bordada de plata y de diamantes....

Eva hundió la noble testa coronada de oro en el regazo del hombre. Y al contacto del regazo del hombre fué adormeciéndose, adormeciéndose. Luego, quedóse en el sueño más hondo.

Y Adán permaneció callado. Y triste.

Mas sintió la voz del Señor; sacudió las melenas como un león sorprendido por la más inesperada sorpresa, y volvió la pupila hacia la altura.

—Adán!—le dijo el Padre—¿Por qué sufres?

No bebes del agua de todas las fuentes? ¿No aspiras la fragancia de todas las flores? Estabas solo, y te di compañera....Te di una mujer en quien puse brillo de estrella, suavidad de jazmín y elegancia de palma! ¿Qué te hace falta, hijo mío?

Y con voz semi-cortada por los sollozos; voz que se ahondó en el silencio del comenzar de la noche como la más penetrante queja de hastío que recorriera los vientos, exclamó el primer hombre:

—¡Estar solo, Señor!....Estar solo!....



COINCIDENCIA

En busca de provisiones, hacia la opulenta ciudad cercana, diligentes partieron los discípulos, y el Maestro quedóse a orillas del desierto lago rodeado de lirios, mirando con fijeza para Occidente.

Su cabeza toda resplandecía bajo la luz del Oeste y, al beso de los últimos rayos crepusculares su hermosa túnica violeta lanzaba destellos de amatista.

El agua estaba silenciosa y apacible como el alma del Justo. Pudiera oirse las confidencias que se hacían, al inclinarse, los lirios de las orillas del lago.

Jesús parecía una estatua erigida en la ribera. Tan inmóvil y callado estaba.

Inmóvil y mudo permaneció hasta cuando sintió una voz conmovedora y dulce como una súplica. Era la voz de una mujer grávida que, tras de acercársele sonriente y cuidadosa, le dió en la espalda un golpecillo con la diestra diciéndole: ¡Maestro!...

Alta y morena, tenía los negros cabellos en cortos bucles trenzados sobre la nuca y rodeados de fino ceñidor blanco. Con el rosa de sus diminutas orejas contrastaba el nácar de las perlas de los zarcillos prendidos en ellas. Bajo la audaz nariz recta, su boca se abría en picarescas sonrisas de coquetería. Sobre nivea camisa de mangas enormes que la cubría casi todo el cuerpo, su amplia túnica de pùrpura recamada de oro llegaba casi hasta rozar con sus sandalias, bien asidas a sus pies por cadenillas de lentejuelas doradas. Devota de la ostentación y la elegancia, vestía siempre con ese demasiado llamativo lujo que se inició en la clase elegante de los hebreos desde los tiempos de Salomón, el sabio Rey fastuoso.

A pesar de la amplitud de sus vestiduras, no podía disimular su preñez redentora, aquella mujer, que había sido en la ciudad una de las cortesanas de más pompa y renombre. La noticia de su imprevisto embarazo fué una sombría página más en el grueso libro de la historia de sus licencias harto escandalosas.

Habiase arrimado a Cristo para manifestarle faltas de su pasado íntimo; implorarle perdones y hacerle votos de enmienda.

—Señor—dijo la pecadora—el mundo no me ofreció más que vicio. Cansada estoy de apurar dulces vinos en jarros de plata y consumir las esencias que contienen los vasos de alabastro y oro. Al son de las liras he ido por innumerables senderos ofreciendo las rosas de mi juventud inmarcesible. El pecado ha mordido mi carne y en ella ha dejado algunas de las manchas de sus dientes. Quiero lavarlas.

Experimento extrañas sensaciones, Señor!.... Dentro de mí palpita un sér nuevo: Quiero estar redimida antes de que vean el Sol sus pupilas.

....Voy a ser madre de un sér que nacerá sin nombre....Sin nombre....mas....eso qué importa?....

Tendrá el mío....y....más que mi nombre—que es mengua—me tendrá a mí toda entera! La miel de la ternura de mi maternidad ahogará las pocas gotas amargas de mis culpas pretéritas.

Señor, ¡Perdóname!....Me perdonas?....

—Tus pecados te son perdonados!

—Advierto que algún curioso se acerca con rapidez a nosotros. Me despido.

En efecto, muy agitado llegaba hacia ellos un rico mercader judío, magnate afectado, que blasonaba de imaginaria esclarecida alcurnia y tenía las arcas repletas de oro y piedras preciosas. Enferma estaba su unigénita, y él, creyendo a su hija víctima de perversos espíritus, iba a pedir a Jesús la salvara de tan fieros enemigos....

La cortesana se alejó con pausa por un camino a cuyas orillas verdegueaban jóvenes higueras; y a la cárdena luz de la tarde muriente su alta figura, vestida de púrpura, semejaba la de una Reina tediosa que fuese a buscar remedio a sus males en la imperturbable tranquilidad de inhabitados campos.

Esbelto, rubio, narigudo, musculoso; con bastantes hilos plateados en las barbas y en la cabeza; con hiriente luz celeste en la pupila de mirada agresiva, ceñía el mercader costosa túnica amarilla listada de blanco, y a sus macizas pantorrillas de hombre bien nutrido se apretaban con mortificante firmeza las correas de cuero y oro de sus sandalias.

Era uno de los más insoportables potentados de la comarca. Envanecido de presuntos antecesores linajudos, alardeaba de la excelencia y pureza de su árbol genealógico.

—Señor—le dijo a Cristo—perdona que antes de comunicarte los pensamientos que a tí me conducen, te manifieste que no es digno de pro-

feta ni de hombre puro platicar a la luz del día con una mujer de costumbres licenciosas. La mujer que acaba de alejarse ha sido toda su vida un escándalo hecho carne. Nació indigna y vive indigna. En sus orgías han enfermado generaciones de mancebos distinguidos. Hoy está para ser madre, y la infeliz no sabe qué nombre llevará el infortunado que nacerá de su vientre.

—¡Sí sabe!

— Señor, ella ignora el sitio de donde nació la primera savia que alimentó a ese fruto. El niño no sabrá quién fué su padre....

—Estás cierto de ello?

—Sí. ¡Estoy cierto!.... Ahora, Señor, escucha:

Mi hija era delicada y esbelta como los lirios que ves temblar a la orilla del lago. Siempre tenía las mejillas encendidas. Frescos eran sus labios como las hojas en las primeras horas de la mañana. La risa era casi perenne música en sus labios.... Pero ¡ah Señor!.... cómo ha cambiado!.... Se han metido en ella los espíritus inmundos y, desde el aciago día que comenzaron a mortificarla, está pálida como los marfiles que adornan las mesas de mi palacio. Sus labios están resecos y amoratados como antigua púrpura ajada. Ya no ríe. Desde que no ríe, mi casa está en silencio.... Es mi hija única.... Somos los dos solos. Su madre murió

hace mucho tiempo.... ¡Pobre hija mia.... Vómitos constantes afean su boca. Fuertes dolores golpean sus sienes. Parece que los espíritus inmundos se complacen en maltratarla con martillos invisibles.

Tú la libertarás de tantos males, Señor. ¡Marchemos a casa!

—No es necesario que vaya a tu casa. Cree, y tu hija será sana.

—Creo, Señor; mas deseo que vayas conmigo para tener la dicha de que el pavimento de mi casa tenga la honra de sentir el roce de tus sandalias.

Cristo rehusaba. El magnate insistía.

Y los dos, conversando, marcharon para la ciudad, bajo el nácar de la naciente luna, que comenzaba a espolvorear casi imperceptibles partículas de perlas sobre los seres y las cosas.

Desde que comenzaron a transitar por las calles de la ciudad atraían las miradas de los indiscretos.

—¡El rico y un loco!—decían algunos. ¡Qué par tan raro!—decían otros. Los más exclamaban: ¡Qué extraño es que ese hombre alto y plácido que parece ser todo mansedumbre vaya al lado de ese soberbio usurero!....

Llegaron presto a casa del poderoso. Por ancha y corta escalera de mármol subieron a mansión lujosísima. De grandes clavos coronados de topacios pendían enormes cortinas teñidas del oscuro jugo de la limaza. El pavimento era de jaspe verde cuidadosamente bruñido. No había puerta cerrada.

En medio de la habitación, echada en cómoda silla celeste ornada de rubies y perlas, yacía, dormida, la hija del potentado. Pálida, con esa noble palidez de las mujeres ricas a quienes aqueja algún malestar, tenía la cutis como rosa blanca recién abierta.

Holgado manto azul y blanco la cubría. Sus pies desnudos, juntos, pequeñitos, parecían dos palomas que se acariciarán.

El mercader, con paternal sonrisa de lástima, veía a su hija. Ella, continuaba dormida. Cristo, con fraternal sonrisa de amor purísimo, miró con la mirada a la enferma, y, volviéndose al magnate, le dijo:

—Yerras, buen hombre, al pensar que los espíritus inmundos se han apoderado de tu hija. Ningún mal extraño padece. Oíste que fué dicho: «Creded y multiplicaos.» Ella cumple el precepto. Crece y se multiplica. El mal de tu hija no es mal. Y si mal fuese, sería de los más comunes. En él no intervienen los espíritus inmundos. Tu hija está para dar a luz. No ves que está grávida?....

—Cómo dices, Señor! Cómo dices? Mi hija no se ha desposado todavía! Está virgen y pura como las aguas de los cielos! Qué dices?

—Lo que oyes.... Está grávida.... Sabrás tú ahora quién es el padre del niño de tu hija?....

—¿.....?



CLARIÓN

¿Cuándo empezó la inmisericorde y secreta enfermedad que le extinguió la vida? ¿Cómo se inmovilizó para siempre aquél vigoroso organismo, uno de los más bellos y robustos ejemplares de seres vivos? ¿Por qué se paralizó de manera tan súbita el dinamismo de aquella complicada máquina de ideas nobles, generosas y grandes?

Interrogaciones de ese linaje palpitaban en todos los labios con inquietante insistencia, poco después de ocurrida la muerte de Jorge Pedro Hermoso, bien conocido en la populosa urbe, no tanto por su famosa hombría de bien y por la majestad de su varonil hermosura de atleta espartano, como por la posesión de una esposa joven, perversa y—sobre todo—refinadamente pe-

caminosa; tan pecaminosa, que sus aventuras pasionales eran mejor conocidas por sus vecinos, que la misma historia del barrio donde vivían.

¿Cuándo empezó la enfermedad de Jorge? ¿Por qué cayó Jorge inesperadamente? ¿Fue que se suicidó al horrorizarse ante la miseria a donde le condujo la vanidad excéntrica de su mujercita adorable?

Ello es que Jorge murió de pronto, al morir una aurora. En seguida le colocaron en el ataúd de madera, cubierto de negra pana con adornos de estaño y cobre; erigieron inseguro altar a su cabecera, le iluminaron con cuatro cirios, que se consumieron en el fugaz espacio de un medio día, como para simbolizar lo efímero de las cuatro edades que regulan la vida del hombre; le arrojaron lirios, jazmines, rosas y helechos; y tras cortas oraciones bisbisadas maquinalmente por algunas pobres y humildes ancianas que entrejuntaban las manos durante el rezo, sentadas en viejas sillas de frágil madera, le condujeron a un rincón del cementerio cuatro hombres llorosos, de fúnebres traje, que quisieron demostrar la sinceridad de la amistad que a él les había unido y patenizar que los puros afectos de ellos para él se intensificaban aun más después de verle cadáver.

Manuel del Carmen Obeso, un rico y áspero boticario que había iniciado y acrecentado su fortuna con la escandalosa ganancia que obtenía

al suministrar al Gobierno grandes cantidades de tóxicos destinados para envenenar perros; Manuel del Carmen Obeso, rústico y desmañado como un gañán, apodado «Tomate» por la esfericidad y rojez de su rostro enorme, y con triple fama de tacaño, hipócrita y mujerero, penetró en la sala mortuoria cincuenta minutos después del retiro de los yertos despojos. Entró, con pasos trémulos, sombrero en mano, vestido de luto; de luto que no podía llamarse riguroso, porque el tiempo había esparcido enormes manchas verdes en la fúnebre y raida tela de la americana; las ratas habían roído el «cheviot» de los calzones, y los holgados zapatos tenían más polvo que una carretera en verano. Estrechó, diz que en señal de duelo y con mano temblante, la mano de Elvira. Sentóse junto a ella. La fresca viuda, en bata de crespón lila salpicada de flores blancas a la usanza oriental, sollozaba en tosco sofá de madera y paja. Tenía la cabeza apoyada en almohada cubierta de limpia funda blanca, a un extremo del sitial. Su cabello desordenado parecía fuego que oscilara en el vacío. De cuando en cuando la viuda llevaba con la siniestra pulcro pañuelo blanco a los ojos de celeste claro, en los que el jugo de la cebolla que a ellos aplicó oportunamente excitaba a menudo la secreción de los lagrimales.

Rodeábanla, amigas enlutadas que se deshacían en cuidados por atenuar la intensidad de su aparente angustia. «Tomate» hizo repetidas pro-

testas de su cariño para el difunto. Hablaba con esa voz del que quiere ser escuchado por muchos. Se atrevió—¡hipócrita!—a llorar como un niño.

Enjugóse con un pañuelo, que de niveo que fué había quedado de color de ceniza.

Reafirmó su cariño para Jorge. Para demostrar una generosidad que no poseyó ni en sueños—¡oh! sucia y cruel ironía!—manifestó, con frases que sonaban como latigazos en la un poco silenciosa alcoba, deseos de que todos los gastos ocasionados por la defunción de «su querido amigo» fuesen de cargo suyo. A este respecto dijo haber gestionado con actividad y eficacia en la bien surtida agencia funeraria que suministró féretro, velas etc. etc.

Expresó considerar la visible penuria que ensombreció de tinieblas el cielo de aquel hogar que en remotos días resplandeció de ventura. Sus palabras tenían saltos bruscos de bestiecillas fustigadas. A veces sonaban como golpes. Y él trataba de hablar suave, como para poner cariño en cada una de sus expresiones. Quería que todos le escuchasen. La noche se iba haciendo en el aposento.... La penumbra, espesándose lentamente.... Poco a poco, la casa del duelo iba quedando desierta. Caballeros y damas se marchaban en grupos dispersos, después de abrazar el busto de la viudita. Y la penumbra se espesaba.... se espesaba....

Fué noche en la casa del duelo. La viuda y el boticario quedaron solos.

No había en el aquel sitio más luz que la de dos agonizantes velas colocadas ante un gran crucifijo que se destacaba en el altar que erigieron a la cabecera del difunto. Y la viuda y el boticario dialogaron:

—¿Viste què rápido obró el veneno, Elvirita?....
¿Murió pronto, verdad?.... No sintió dolor, verdad?.... Viste que rápido obró el veneno? Y después decías tú que yo era ignorante....

—Ya lo he visto....

INDICE

Prólogo.....	1
--------------	---

CROMOS DE VIDA

Alrededor de la Emancipación.....	3
Cuadro de Carnaval.....	13

CROMOS TRAGICOS

De la Catástrofe.....	24
Con motivo de la muerte de Simón Rivas.....	30
Por la ciudad en ruinas.....	39
Croniquilla.....	50
Lluvia.....	53
Psicología de Otelo.....	57
La Admonición del pájaro.....	53

ESCULTURAS

Guillermo Andreve.....	69
Dario Herrera.....	75
Adolfo García.....	89
Delmira Agustini.....	101

TRAZOS

El Culto del Idioma.....	109
Una plumada en memoria de Bolívar.....	113
Letras del Istmo.....	119

LIENZOS ANTIGUOS Y MODERNOS

Edénica.....	129
Coincidencia.....	133
Clarión.....	141

